

*Arturo Oropeza García**

El desorden global. Mexico y su circunstancia

SUMARIO: I. Introducción II. El desorden global. Consideraciones generales III. El desorden global. Algunos de sus retos IV. El Desorden global. Algunas de sus causas V. La inevitabilidad asiática VI. México y su circunstancia VII. Bibliografía

I. Introducción

El arranque del siglo XXI guarda una atipicidad con sus similares inmediatos, aunque forma parte de un mismo curso de la humanidad que comenzó a mediados del siglo XVIII con la Revolución Industrial. También, desde luego, en una visión más amplia, forma parte de una era que inició en la segunda parte del segundo milenio de la época moderna (1500 d.C.), en la que Occidente pudo resurgir y rescatar una presencia y un liderazgo respecto a Asia del Este, después de más de milenio y medio de predominio económico, aunque también civilizatorio de India y China.

Son muchos los factores que intervienen en el asentamiento económico, político, social y tecnológico del siglo XXI, y es difícil poder abarcarlos en un ensayo de esta naturaleza, no obstante, en los siguientes apartados trataremos de hacer referencia a los puntos más relevantes que a nuestro parecer están inci-

* Doctor en Derecho e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Vicepresidente del Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC).

diendo de manera directa en el reacomodo del mundo global, del cual reconocemos en primer lugar, por su tamaño y dimensión, un verdadero cambio de era geopolítica y tecnológica.

II. El desorden global. Consideraciones generales

El orden global nunca ha existido. No puede existir, en razón al carácter falible del ser humano y en consecuencia de las diferentes sociedades en que habita. En compensación, desde el origen de los tiempos siempre ha prevalecido un anhelo, una aspiración de que las cosas caminen bien para la mayoría de las personas, de las sociedades.

A pesar de que el concepto de lo global es reciente, en términos históricos, la idea de lo colectivo y su buen funcionamiento ha sido una constante de toda agrupación humana. No obstante, en esa construcción formal del término que ha crecido a lo largo de los últimos siglos, sobre todo a partir de los tratados de Westfalia (1640), respecto a la existencia de un *orden global* cada vez más normado y aceptado, en las últimas décadas deambula por el mundo una impresión generalizada de que lo que antes funcionaba razonablemente como un *orden internacional establecido* se desmorona rápidamente, generando un sentimiento de orfandad y de preocupación, no solo sobre la solución de los problemas globales del presente, sino también, de manera especial, respecto a cómo el mundo resolverá los retos de la mitad y cierre de siglo.

Este sentimiento, cada vez más visible a partir de las primeras décadas del siglo, no es nuevo. De hecho su expresión actual es una acumulación en el tiempo que inicia a mediados de los setenta, en esa etapa axial donde se registran muchas de las decisiones y de los hechos que empezaron a romper con el último antecedente formal de *orden global* que es Bretton Woods (1944), el cual después de siete décadas de vigencia demanda una reingeniería que articule toda el agua geopolítica y tecnológica que ha pasado por el río de los últimos años de la historia mundial.

La sociedad global de inicios del siglo XX vio guerra a guerra, genocidio a genocidio, como en 1914 y 1945 lo sumado desde los importantes acuerdos de Westfalia y las negociaciones del Congreso de París (1815), entre otros, se derrumbaban nuevamente ante el choque de los intereses geopolíticos de su tiempo, los cuales volvieron a incurrir en uno de los yerros más graves de la convivencia mundial, que es el de resolver su lucha de intereses a través del recurso de la guerra, lo cual se había logrado disminuir a través de los acuerdos internacionales antes alcanzados.

Los cien millones de muertos registrados durante los dos conflictos mundiales (Steiner, 2006) evidenciaron tanto la precariedad del orden global de su tiempo, como la de los importantes avances civilizatorios alcanzados por la sociedad occidental, ante la pérdida de la autocontención de los diferentes intereses de los actores mundia-

les. Sin embargo, el trauma de la violencia sin freno disfrazada de *legítimas* aspiraciones nacionales, al concluir las dos guerras, también generó una dialéctica de mayor calado respecto a la necesidad de acuerdos globales más amplios y sustentables.

La Unión Europea, en su expresión más acabada, fue una de las consecuencias relevantes del trauma de 1914 y 1945. Fue también la evidencia de que había otros caminos de salida para todos. La firma de los acuerdos de Bretton Woods (junto con los Tratados de Roma en el caso europeo, entre otros) surgieron como una propuesta audaz para reordenar lo ordenable, para suscribir un nuevo punto de partida del cual emergiera por primera vez, en dimensión y contenido, una oferta de instituciones mayoritariamente aceptadas, que pudieran impulsar un desarrollo global más equitativo e incluyente para una mayoría. A partir de este sentimiento de recuperación mundial, en el año de 1945 se relanza la Organización de las Naciones Unidas (ONU); en 1947, se firma el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), como un principio regulador del nuevo comercio internacional entre naciones; en 1944 se establece el Banco Mundial (BM), como una banca de apoyo al crecimiento de la economía mundial de la época, así como en 1945 aparece el Fondo Monetario Internacional (FMI), que completaba en materia financiera un esquema innovador de orientación y regulación de un pretendido desarrollo económico global. Desde luego esta plataforma institucional nunca fue perfecta ni pudo alejarse de los intereses de los países ganadores del conflicto armado. No obstante, el avance de su contenido y participación multinacional marcó un referente histórico respecto a lo logrado en la materia los últimos dos mil años en la historia de la humanidad.

Si Bretton Woods fue la filosofía de un nuevo acuerdo de relacionamiento global para apoyar el desarrollo de la economía y del comercio de la época, la aparición de Estados Unidos como el gran triunfador de los conflictos armados (Pax Americana) y detentador de aproximadamente el 50% del Producto Económico Mundial (PIB) y la misma proporción de la manufactura del mundo, se convirtieron en los dos soportes de un orden occidental que privó de manera razonable hasta finales del siglo pasado.

Estos acuerdos mostraron la viabilidad de sus postulados ante el notable éxito de una economía global que de 1950 a 1974 creció cerca del 5% anual promedio, de igual modo que su comercio escaló en el mismo periodo a la cifra récord de 7.4 % anual promedio (Ocampo, 2017). De manera especial, el liberalismo salvaje de fines del siglo XIX y principios del siglo XX que llevó a Keynes a decir que “El decadente capitalismo internacional pero individualista, en cuyas manos nos encontramos después de la guerra, no es un éxito. No es inteligente. No es bello. No es justo. No es virtuoso. Y no satisface las necesidades”. (Frieden, 2007, p. 305), se cambió por un capitalismo social que en la mayoría de las naciones influyó en un aumento de las prestaciones sociales de los trabajadores y de la sociedad en general. En sus casos más destacados, como el de los países bálticos y Europa Occidental, construyó un verdadero *estado de bienestar* que fue

más allá de las demandas sociales de pre y entre guerras. Incluso Estados Unidos construyó un *New Deal* y los países latinoamericanos en general, operaron una renovación de política pública de carácter más incluyente para la mayoría de sus trabajadores y poblaciones. En el caso de México, donde de manera destacada se gestó su Revolución de 1910 y su Constitución de 1917, la impronta social destacó como un antecedente notable de su tiempo.

Rotos el ciclo Británico y su Pax Británica, así como la primera y segunda etapas de la Revolución industrial que se impusieron como orden mundial de 1750 a 1914, Bretton Woods surgió como el nuevo acuerdo global y Estados Unidos como la nueva hegemonía dominante. De manera especial, predominó un capitalismo más humano y comprometido con la sociedad de su tiempo, el cual demostró, contra todos los pronósticos y teorías de su tiempo, que la integración global, el desarrollo económico y el compromiso social, eran viables y posibles. Estas políticas fueron las constantes de una nueva era que como señalamos anteriormente, a partir de los setenta se han venido debilitando ante la renuncia o transformación de lo alcanzado.

¿Es verdad que hay caos en el orden global? ¿Puede afirmarse que existe un miedo y descontento generalizado con la ruta que sigue el mundo actualmente? ¿Las sociedades modernas se sienten amenazadas? ¿Hay una crisis de futuro, pero también de presente? Lo anterior no es un cuestionamiento nuevo, pero lo que no puede negarse es que de un murmullo en las orillas del vecindario; de un tema de intelectuales, el tema (sentimiento generalizado) se ha ido incrustando cada vez más en la comunidad global, la cual, bajo diferentes enfoques pero con un mismo puerto de destino, acusa un gran descontento con lo que vive, pero peor aún, con lo que siente que está por venir. Sin embargo, lo que en Asia del Este es un murmullo, en Occidente (Unión Europea, Estados Unidos), Latinoamérica y buena parte del resto del mundo, la inquietud ya ha cobrado visos de preocupación, desaliento y miedo, por una realidad que no acaba de describirse, pero que tampoco se termina de solucionar.

Caos en el orden global del siglo XXI. Miedo, nos dice Bauman, a la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro. La inseguridad y la incertidumbre de la impotencia de no tener control alguno sobre los asuntos del conjunto del planeta (Bauman, 2010, p. 166). Lipovetsky, también nos ratifica que esta etapa del siglo XXI está caracterizada por el miedo a la *crisis del futuro*; del miedo a la tecnocracia y la desintegración de las utopías políticas de la época (Lipovetsky, 2008, p. 69). Desde una visión más concreta Judt señala que algo en el mundo *va mal*, agregando que “La pobreza es una abstracción, incluso para los pobres. Pero los síntomas del empobrecimiento colectivo están a nuestro alrededor. Autopistas en mal estado, ciudades arruinadas, fuentes que se hundan, escuelas fracasadas, desempleados, trabajadores mal pagados, personas sin seguro: todo sugiere un fracaso colectivo de la voluntad. Estos problemas son tan endémicos que ya no sabemos cómo hablar sobre lo que está mal y mucho menos intentar solucionarlo” (Judt, 2013, p. 26).

Bauman vuelve a argumentar sobre el tema, reiterando el desencanto general que prevalece en el mundo sobre el futuro. Que el 90% de los padres en Francia y el 53% en Australia, como ejemplo de lo anterior, estiman que sus hijos estarán en peor situación que ellos, lo cual sintetiza comentando que “con semejante giro de ciento ochenta grados, el futuro se ha transformado y ha dejado de ser el hábitat natural de las esperanzas y de las más legítimas expectativas para convertirse en un escenario de pesadillas : el terror a perder el trabajo y el estatus social asociado a este, el terror a que nos confisquen el hogar y el resto de nuestros bienes y enseres , el tema de contemplar impotentes como nuestros hijos caen sin remedio por la espiral descendente de la pérdida de bienestar y prestigio , y el temor de ver las competencias que tanto nos costó aprender y memorizar despojadas del poco valor de mercado que les pudiera quedar” (Bauman, 2017, pp. 16-17).

La renuncia de Inglaterra a la Unión Europea (Brexit), la amenaza de salida de Cataluña en España, la llegada de Trump a la presidencia de Estados Unidos, la desorientación y neopopulismo político y el surgimiento de un neoproteccionismo económico occidental, son tan solo algunos de los síntomas que miden la temperatura de un tiempo histórico que nos dice que algo no anda bien, a pesar de que se sostenga, como lo hacen diversos especialistas (Bregman, Mahbubani, Ridley; etc.) que “ Los últimos dos siglos han visto un crecimiento exponencial en población y prosperidad en el mundo entero. La renta per cápita es ahora diez veces la de 1850. –Que– El Italiano medio es 15 veces más rico de lo que era en 1880. ¿Y la economía global? Ahora es 250 veces más grande que la de la revolución industrial, cuando casi todos en todas partes seguían siendo pobres, hambrientos, sucios, temerosos, ignorantes, enfermizos...” (Bregman, 2017, p. 12).

Todos estos datos y más no sirven. No son útiles para conformar a miles de millones que a pesar de los logros obtenidos por cada segmento social a partir de la Revolución Industrial, se sienten ofendidos y no satisfechos con lo que tienen y quisieran tener. De igual modo y tal vez más importante, que sobre la acumulación lograda pende un sentimiento de minusvalía y temor sobre el futuro.

Vivir tiempos interesantes nos desea el proverbio chino. Morris completa: “Tenemos la desgracia de vivir tiempos difíciles” (Morris, 2014, p. 667).

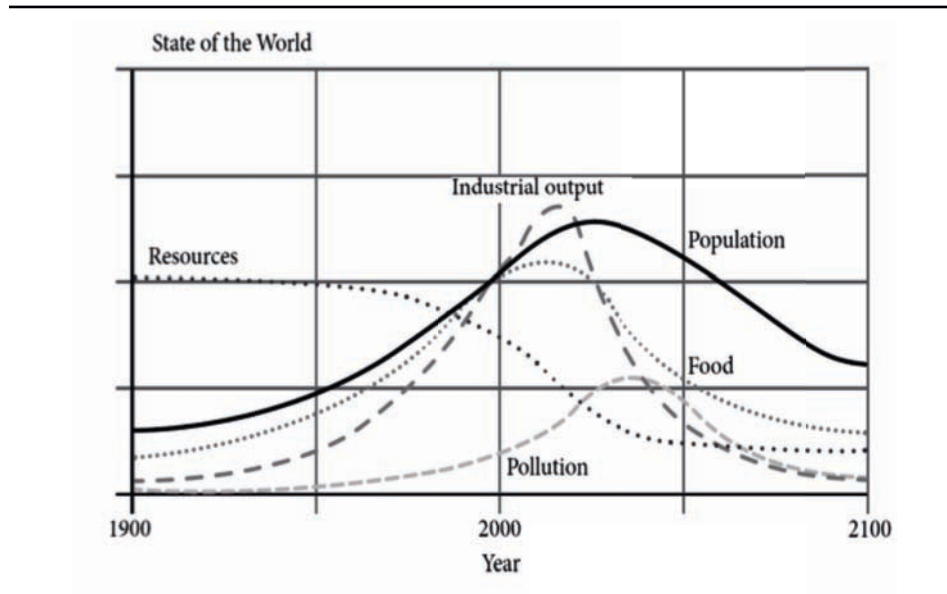
III. El desorden global. Algunos de sus retos

A la sociedad global del momento se le acumulan los problemas. Parafraseando a Judt podríamos decir que algo no va bien.

Declinación de liderazgos globales, ascenso de nuevos actores relevantes, cambio de eras geopolíticas, choque de culturas, de civilizaciones, altas concentraciones financieras (megatendencias) etc., son demasiados temas que le complican a la socie-

dad de hoy tanto el análisis como la elaboración de las propuestas de salida. Si esto no fuera suficiente, los nuevos vectores que la empujan como el declinamiento de la industria como sector económico preponderante, la substitución tecnológica y el consiguiente desempleo mundial; el fin de la era carbónica; el agotamiento de las materias primas y recursos naturales; las profundas desigualdades económicas y el reto de la sostenibilidad ecológica, etc; son parte de una agenda sobreexpuesta que demanda la sensatez y el compromiso de una humanidad que presume su arribo al nuevo milenio en calidad de *triunfadora*.

Gráfica 1
Tendencias Mundiales



Fuente: Finantial sense.

¿Tendremos que acostumbrarnos a la *Nueva Normalidad* que nos define La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE)? ¿Viviremos la *nueva mediocridad* que describe el Fondo Monetario Internacional (FMI)? ¿Flotaremos en el *estancamiento secular* que nos revela Larry Summers? o ¿Estaremos en el caso mexicano, condenados a vivir en el *estancamiento estabilizador* al que alude Suárez Dávila?

El punto de partida a todos estos temas no parece ser muy sólido en términos globales. Ante el referente de que todo depende del cristal con que se mira, el 50% de la población mundial que vive con el 1% de la riqueza del mundo, no está muy optimista al respecto. El otro 1%, que controla el 50% del PIB, seguramente tendrá una opinión diferente, al igual que el 10% que goza de casi el

90% de la riqueza mundial (Credit Suisse, 2015). Un mundo tan desigual no es una plataforma confiable para solucionar el descontento global, máxime que en términos de población se estima que llegaremos a 10 mil millones de personas para mitad de siglo, que al igual que los 7,500 millones de personas de hoy, reclamarán seguramente por condiciones económicas iguales o superiores.

La primera consideración encaminada a la solución de estos retos globales, tendrá que alejarse del debate falso entre el pesimismo y el optimismo de las ideas y con toda sensibilidad, aceptar que se viven tiempos complejos, nuevos, que requieren de esfuerzos especializados, continuos, para ir construyendo las alternativas de solución de un desorden global que ya hoy enfrenta conflictos beligerantes, (Siria, Korea de Norte, Somalia, etc.) inconformidad global, o incluso el riesgo de su propia extinción (antropoceno), lo cual hace palidecer aquellas expresiones que indican que este mundo ya ha resuelto este tipo de problemas en ocasiones anteriores.

En el marco de estos retos desbordados, resulta sano aceptar su dimensión y complejidad, a fin de no desestimarlos (recuérdese la posición de Trump sobre el cambio climático). Aceptar que no solo son materiales, sino como parte de su propio proceso de descomposición, actualmente responden también a perfiles descivilizatorios y de erosión social en sus vertientes cultural y moral, lo cual complica la ruta de su solución.

Cuadro 1
Desorden global

2000-2050	I. Megatendencias	
	<p>A) La inevitabilidad China Desplazamiento de Estados Unidos del liderazgo geopolítico del siglo XXI</p> <p>B) "La inevitabilidad Asiática" Del Atlántico al Pacífico Desplazamiento de Occidente como Era geopolítica preponderante</p>	
2000-2100	II. Nuevas tendencias globales del siglo XXI	
	<p>1.- Fin de la Era industrial</p> <p>2.- Substitución Tecnológica</p> <p>3.- Desempleo mundial</p> <p>4.- Fin de la Era carbónica</p> <p>5.- Explosión Demográfica</p> <p>6.- Agotamiento de Recursos Naturales</p>	<p>7.- Cambio climático</p> <p>8.- Empoderamiento ciudadano</p> <p>9.- Ciudad del Futuro</p> <p>10.- Desigualdad Económica</p> <p>11.- Migración</p> <p>12.- Alta concentración financiera</p>

Fuente: Elaboración propia .

La problemática de nuestro tiempo, desde esta perspectiva, podría estructurarse en dos claras etapas que están poniendo a prueba desde ya al talento y la capacidad de la sociedad global para resolverlas. La primera, que nace con el siglo y se prolongará hasta mediados del mismo, se caracterizará, como ya lo hace, por el choque y el desenlace de las dos megatendencias que hoy preocupan mayormente que son el ascendente predominio por parte de China respecto a Estados Unidos (la inevitabilidad China) y su consecuencia directa, el traslado de la era del Atlántico al Pacífico (inevitabilidad asiática), como resultado también de un largo debate que se seguirá discutiendo todos los días, pero que sus consecuencias más importantes ya se habrán implementado para 2050. Las claras tendencias geopolíticas que hoy enfrentan a estos dos cambios en favor de China y Asia del Este, estarán expuestas a la dinámica de sus propias gestiones, así como a la radicalización o beligerancia que asuman los actores desplazados como la Unión Europea y los Estados Unidos.

A la segunda etapa, a ubicarse desde el 2000 hasta final del siglo, le corresponderá la solución de temas urgentes nunca antes resueltos, como el gran desempleo mundial ocasionado por el declinamiento del desarrollo industrial y manufacturero,¹ que junto a la sustitución tecnológica, a 2030 por ejemplo, ya nos amenaza con la posible pérdida de 2000 millones de empleos en el mundo (Millenium Project, 2017). Como ejemplo de lo anterior, los trabajos sensibles a esta pérdida representarían en Estados Unidos cifras del 47%, 39% en Alemania y 35% en el Reino Unido (OCDE). De igual modo, en las próximas décadas estaremos atestiguando la terminación de la era carbónica, la cual estaría dando fin a cerca de 300 años de desarrollo industrial, los cuales iniciaron a partir de 1750 junto con la Revolución Industrial. Esta etapa estará culminando ya sea por agotamiento del *cheap oil* o por razones de sobrevivencia ambiental, lo cual debería llevarnos a una nueva etapa de energías renovables baratas y limpias² Asi-

¹ “La Tercera Revolución Industrial es la última de las grandes revoluciones industriales y pondrá los cimientos de la infraestructura de la era colaborativa actualmente emergente. Durante los cuarenta años que duró la construcción de esa infraestructura de la TRI, se crearán centenares de miles de nuevas empresas y cientos de millones de nuevos empleos. Su consumación marcará el final de una saga comercial de doscientos años, caracterizada por el pensamiento industrial y el funcionamiento en mercados empresariales (y gestionada por una mano de obra de carácter masivo), y el inicio de una nueva era marcada por la conducta colaborativa, las redes sociales y una mano de obra formada por personal técnico y profesionales especializados. En el próximo medio siglo, el funcionamiento empresarial centralizado característico de las dos primeras revoluciones industriales irá siendo progresivamente subsumido en las prácticas empresariales y convencionales distribuidas de la Tercera Revolución Industrial, mientras que la organización jerárquica tradicional del poder económico y político cederá su lugar al poder lateral organizado de forma nodal a lo largo y ancho de la sociedad” (Rifkin, 2011, p. 18).

² La industria del petróleo, una de las más importantes de la primera y segunda revoluciones industriales, la base transformadora de un sinnúmero de sectores industriales, de acuerdo a las previsiones de Rifkin, en las próximas cuatro o cinco décadas vivirá sus últimas batallas, para pa-

mismo, la explosión demográfica que todavía se vivirá hasta 2050, que como ya se dijo, se llegará a cerca de 10 mil millones de personas, durante las próximas décadas nos conducirá por un camino inédito de retos permanentes, como arribar en el 2030 a un promedio de 70% de clase media, la cual estará demandando más satisfactores y unidades de energía para una nueva población de tres mil millones de personas. De igual modo, los retos demográficos se radicalizarán para mediados del siglo, donde habrá más personas de 65 años que de 15 años (Millenium Project). Para que la tierra pudiera alcanzar sus primeros mil millones de habitantes tuvieron que pasar más de 10 mil años. Los segundos mil millones nacieron solo 130 años después. Los últimos 1000 millones de personas tan solo necesitaron 12 años. Por otro lado, hablando de los recursos materiales de esa población y sus expectativas, si toda la población mundial pudiera ser atendida con recursos semejantes a los que tienen hoy los habitantes de las naciones desarrolladas, el consumo mundial tendría que multiplicarse por once, lo que representaría un número hipotético de 72 mil millones de habitantes. Si se mantiene esta simulación de consumo occidental promedio (carne, pescado, agua, energía, plástico, madera, etc.) para 2050, para los más de 9 mil millones de seres humanos se tendría que estar hablando de un consumo comercial de 105 mil millones de personas (Smith, 2011, p. 36). En cualquier escenario, no existen en la tierra recursos suficientes para que el total de su población pueda arribar a los estándares de consumo actual que tienen los Estados Unidos, Alemania o Inglaterra.

sar después a su expresión mínima y desaparición como arma estratégica de dominio. La conclusión de una era carbónica que tarde o temprano tendrá que abolirse; la substitución tecnológica que previó Keynes y ratifica Rifkin; una contaminación persistente que ya hoy es intolerable, serán entre otras las razones de la disminución de una industria del petróleo, que junto con el sector industrial en su conjunto, están condenados a dejar su lugar a nuevas expresiones económicas y energéticas que cambiarán la fuente de riqueza y la importancia de las naciones. Por cultura o por necesidad, la industria del petróleo tiene ante sí la última oportunidad de generar desarrollo, empleos y crecimiento en las décadas por venir. El sector que vino a substituir en empleo y desarrollo hace un cuarto de milenio al sector agrícola, producto de su propio éxito, se adelgazará hasta un punto en que será incapaz de determinar imperios, como lo hizo en el siglo XIX (Gran Bretaña) y en el siglo XX (Estados Unidos), como tampoco podrá volver a ser el gran empleador de la producción en línea que dio origen y sentido a la segunda revolución industrial. Las naciones que durante estos 250 años han sabido administrar las ventajas de esta revolución, tendrán una última oportunidad de acompañarle a lo largo de esta tercera y última etapa para generar desarrollo y empleo (Rifkin, Marsh, Pisano, Shih, etc). Aquellos países que no tuvieron esta oportunidad o no supieron aprovechar su momento, o incluso negaron su importancia industrial como México, tendrán un camino más difícil para ser beneficiarios de esta última ola de transformación energética basada en los hidrocarburos. Como sea, las próximas décadas serán las últimas de una era industrial del petróleo, la última estación de un largo viaje, que a los que la vivan, además de multiplicarles su ingreso y desarrollo, les dotará de una mejor cultura de la transformación para ubicarse en una nueva era económica, que cualquiera que sea, cambiará diametralmente los instrumentos del éxito pasado (Oropeza, 2015, pp. 459-460).

En cuanto a los recursos naturales, actualmente cuatro quintas partes de la superficie terrestre del planeta (sin contar la Antártida) ya están sujetas a la influencia directa de las actividades humanas y algunos estudios prefiguran escenarios donde el petróleo convencional o *cheap oil*, tendría un horizonte de suministro de 40 años, el gas natural de 60 años, el hierro de 72 años, el cobre de 35 años, el zinc de 24 años, plata 14 años, el plomo de 22 años, níquel de 21, etc. (Smith, 2011, p. 383). En cualquier caso, no se requiere ver al futuro para saber que ya hay problemas en recursos energéticos, agua, pesca, bosques, hatos y producción agrícola. De manera importante, dentro de estos nuevos vectores del siglo XXI, por la trascendencia de sus consecuencias, que nos podrían llevar a la extinción del ser humano, aparece el cambio climático producido principalmente por la Revolución Industrial y su administración deficiente, sobre todo de parte de sus primeros *ganadores* como Inglaterra y los Estados Unidos y ahora por sus posibles sucesores, China e India. Dentro de los vectores globales del siglo, no hay uno que preocupe más por sus posibles consecuencias que el del cambio climático. Desde Tokio a París, los avances adoptados para su solución por la sociedad global son limitados e insuficientes y requieren de un verdadero esfuerzo en la materia.³

En cuanto a las ciudades del futuro, la CEPAL señala que más de un 80% de la población mundial vivirá en ciudades para 2030. En el caso de América Latina será del 90%, con los consiguientes problemas en congestión vehicular, desaprovechamiento de las economías de escala, déficit habitacional, ineficiencia de los recursos, contaminación, entre otros. La planificación urbana entonces, aparece como inaplazable. Junto con ello, agrega la CEPAL, la conciencia ciudadana también se acrecentará exponencialmente. El aumento de los niveles educativos, el uso de internet, los derechos civiles, la nueva cultura com-

³ El síndrome de los tres grados por el uso irresponsable de hidrocarburos dentro de la Revolución Industrial, es la interrogante que de mera inquietud de científicos ociosos, como se le trató los últimos cincuenta años, a la fecha se ha convertido en una verdad científica que más que en los libros ha encontrado su valor de prueba en los fenómenos climáticos que de diferente manera, está padeciendo cada nación, como huracanes, tornados, aumentos del nivel del mar, desaparición de mantos acuíferos, de nieve o árticos derretidos. En este síndrome del calentamiento global que empieza a tratarse con un principio de credibilidad, aparece que una simple variación de la temperatura actual entre 1.5° y 3.5° C. podrá derivar en una extinción en masa de la vida vegetal y animal en menos de cien años, y cuya recuperación tardaría millones de años. En esta problemática, al dióxido de carbono se le ha declarado como el mayor culpable y a la revolución industrial como el medio que lo ha hecho posible. Que los niveles preindustriales de dióxido de carbono nunca habían superado las 280 partes por millón (ppmv) en los últimos 50 mil años y que los niveles industriales actuales ya han rebasado las 387 partes por millón en 2009; tendencia que de seguirse podría provocar un aumento no de tres sino de cinco grados en la temperatura de la superficie terrestre para finales de siglo o principios del siguiente, provocando la desaparición del ser humano (Smith, 2011; Rifkin, 2011), en (Oropeza, 2015, p. 456).

putacional, la disminución de precios en este rubro (para 2030 se estima un penetración del 90% de tecnologías inalámbricas) hacen posible esperar en las nuevas generaciones una mayor exigencia en la atención de sus derechos políticos, sociales y económicos (CEPAL, 2016, p. 34). Otro de los rubros relevantes, que merecería un mayor análisis, es el de la alta concentración de capitales en instituciones financieras, el cual representa uno de los vectores más poderosos de la globalización. Solo Estados Unidos, la Unión Europea y China, a 2011, como ejemplo de lo anterior, tenían un PIB económico mayor que las instituciones financieras JP Morgan, ICBS, y HSBC juntas. Sin embargo el valor de los activos de las 10 instituciones financieras más grandes del mundo, son superiores al PIB de Estados Unidos. Como señalan Navarro y Torres, "... Hay dinero que mata y actividades financieras que están arruinando la economía y destruyendo el planeta" (Navarro y Torres, 2012, p. 15). En la crisis 2007-2009, hicieron un buen intento.

Como puede apreciarse a la luz de esta breve semblanza sobre los retos del siglo y el desorden global, existen razones fundadas para este desorden, dada la naturaleza inédita de su reto. No obstante, la sociedad global a través de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otras instancias internacionales como La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), ya han iniciado el análisis y propuesta de solución de algunos de estos nuevos vectores globales. Sin embargo, mientras no se reconozca su nueva dimensión y su exigencia de una respuesta global, su influencia en lo político, económico y social seguirá siendo parte del descontento.

IV. El Desorden global. Algunas de sus causas

La crisis geopolítica que vivimos no comenzó hoy, como tampoco surgió de la crisis económica 2007-2009. Tampoco a principios del siglo y milenio. En este sentido la inmediatez no ayuda a vislumbrar lo que acontece en la arena global. La antropología histórica, como recomienda Morris, para entender los cambios de un siglo tan atípico como este, resulta de la mayor ayuda.

El cambio axial de los 70

Al final de los *30 años gloriosos*, como se les llamó por el éxito de sus resultados a las primeras tres décadas que siguieron a la posguerra, empezaron a sembrarse las raíces de los problemas que se enfrentan ahora.

En medio de sus primeros problemas económicos después de 1950, Estados Unidos abandonó en 1971 el patrón oro, entre otras cosas, por sus problemas inflacionarios y presupuestales acarreados por la guerra de Vietnam, lo cual fue una de las causas de las primeras crisis económicas globales. De igual modo,

el abundante déficit comercial que ahora le inquieta tanto al presidente Trump, tuvo su punto de partida desde 1971, cuando comenzó una declinación en su balanza comercial que a lo largo de estos casi 50 años no ha parado en ningún momento y que solo en 2016 le llevó a perder 734 mil millones de dólares con el mundo, de los cuales 532 mil millones de dólares le correspondieron a Asia, (350 mil millones de dólares los perdió con China); 165 mil millones de dólares a Europa y el 8% aproximadamente a México.

En este periodo también inicio el declinamiento de las tasas de crecimiento económico e industrial del mundo desarrollado, en el marco de la primera crisis del petróleo de 1973-1974.

De manera importante, en el marco teórico dio inicio la aparición de nuevas líneas del desarrollo económico como las que encabezaron Daniel Bell, Hage, Block, Powers, etc;⁴ quienes postularon la preeminencia de los servicios de la era de la información sobre la actividad industrial, lo cual influyó de manera relevante en la visión de las políticas públicas del momento, mismas que en un falso debate, optaron por privilegiar un nuevo mundo económico de la inteligencia, lo cual desde luego fue un acierto, salvo que la nueva política no solo pasó a segundo término a los quehaceres industriales y manufactureros, sino que en una especie de descuido mayor los colocaron en un subnivel de desarrollo interno y apoyo público.

Junto con ello, la corriente del capitalismo social que había logrado imponerse en buena parte de la sociedad global al final de las guerras, que llevó a operar como ya se dijo, un mayor intercambio económico y comercial en el mundo, junto con la aplicación de una amplia gama de políticas sociales, ante el inicio del olvido del holocausto y el empuje de las élites económicas cosmopolitas (como

⁴ Daniel Bell, en una obra destacada de su tiempo (El advenimiento de la sociedad post-industrial, 1973), alerta con antelación a una sociedad hipersensible al fenómeno del cambio industrial, que la época conocida como Revolución Industrial estaba llegando a su término y que una nueva Era post-industrial dominada por los servicios de la Era de la información (comercio, finanzas, salud, educación, etc.), en un nuevo maridaje entre ciencia y tecnología, pasaría a ser el detonante del desarrollo. Que una nueva Era soportada por el cambio industrial a lo electrónico; la miniaturización (nanotecnología); la digitalización; y el software en sus diversas expresiones, advertían ya de una nueva sociedad global dominada por la inteligencia y el conocimiento tecnológico, los cuales desplazarían al trabajo mecánico, eléctrico y electromecánico de la otrora Revolución Industrial. Respecto a su visión y su propuesta, a pesar de que claramente señalaba desde el inicio del título que se trataba de una Era por venir (la cual el mismo Bell en 1999, en documentos de seguimiento la ubicó partir del siglo XXI), no fueron pocos los tomadores de decisiones –como Václav Havel, Margaret Tacher o el propio ex presidente Clinton– así como toda una corriente académica a nivel global, que festinaron no solo el aviso del cambio, sino el desmantelamiento de sus propias estructuras industriales. Al respecto, con toda oportunidad, comenta Marsh: “Para todo lo que se ha hablado de que el mundo se está trasladando a una era ‘post-industrial’, las fábricas a principios del siglo XXI están produciendo considerablemente más bienes que antes. En el año 2010, la producción manufacturera fue aproximadamente 150% mayor que en 1990, 57 veces más de lo que fue en 1900 y 200 veces superior a la producción en 1800” (Marsh, 2012, p. 15; Oropeza, 2013, p. 217).

las llama Nye) permitió que resurgiera una escuela de pensamiento económico que si bien estuvo presente desde los años decisivos de finales de los cuarenta, la voluntad de un mundo más justo la había desplazado a un segundo plano.

El pensamiento económico de la sociedad de Mont Pelerin encabezada por Friedrich Hayek, Mises, Lippman, Erhard y muchos otros, reapareció en los setenta como el fundamento (Dogma) de una nueva política pública que olvidó sus compromisos económicos de postguerra, alejando al Estado de su responsabilidad social. Al respecto lamenta Sachs “Afortunadamente para mí, yo fui educado en los méritos de la economía mixta durante mis años de estudio (1972-1980), por intelectuales de gran talla que orientaron a la economía americana después de la segunda guerra mundial. Esta era de pensamiento económico que se prolongó de 1940 a 1970 fue llamada como la Era de Paul Samuelson, el economista genio del MIT que personificó al profesionista económico durante el apogeo del liderazgo global de América. Más que ningún otro economista de su tiempo, Samuelson proveyó de los fundamentos intelectuales a la moderna economía mixta que operó en Estados Unidos y en Europa después de la segunda guerra mundial”. “La crisis de los 70 –agrega Sachs– abrió la puerta a los ataques sistemáticos a las teorías de economía mixta de Samuelson, que sostuvieron, tanto el auge económico como el compromiso social de postguerra, dando paso a una nueva escuela de pensamiento liderada por Milton Friedman y Friedrich Hayek, los cuales introdujeron en substitución de la economía mixta a la economía de mercado” (Sachs, 2012, p. 30).

Ronald Regan (1981-1989) en Estados Unidos y Margaret Thatcher (1979-1990) en Inglaterra, como se sabe, fueron los principales instrumentos políticos, que cobijados en una nueva *era* postindustrial y en un nuevo dogma económico neoliberal, dieron inicio al desmantelamiento de la economía mixta y la responsabilidad del Estado con la sociedad, enarbolando un dejar hacer-dejar pasar que radicalizó desde entonces y hasta hoy las contradicciones de un modelo económico que ahora se le acusa con no poco cinismo, de inequitativo e insuficiente por la mayoría de las economías occidentales.

La apertura China de los 70

Eso pasaba en la década de los 70 del siglo pasado en el mundo occidental, que para entonces, por su peso político y económico, parecía que era una realidad omnipresente y universal. Sin embargo, en el otro extremo del mundo, una China olvidada, agotada con los problemas sociales de su exiguo crecimiento económico, también a finales de los setenta tomó la histórica decisión de por primera vez en más de 2000 años del Imperio chino, romper sus murallas y salir en busca de soluciones económicas a sus graves problemas internos. Mao había muerto en 1976, dejando tras de sí a millones de muertos por las hambrunas derivadas del fracaso del *Gran Salto Adelante*. De manera importante, su proyecto de economía planificada no resultó exitoso para resolver sostenidamente las necesidades

primarias de la enorme, desde siempre, población China. El artificio chino de ese momento histórico, Deng Xiaoping, urgido primero, de soluciones económicas de corto plazo relativas a comida, vestido y techo, no dudo en voltear la mirada hacia el mundo occidental de su tiempo e insertarse en él de manera por demás exitosa, imponiendo a una nueva realidad económica neoliberal que no conocía, el acento de las *características chinas*, a través de las cuales desde fines de los setenta ha logrado imponerse en todo momento a la dogmática económica occidental.

La importancia de la convergencia de los cambios estructurales occidentales en la década de los setenta, junto con la apertura china, radica en que el momento los une para cancelar lo mejor de los cambios sociales de postguerra, que eran el trabajo formal y las prestaciones sociales. Lo anterior, ante la propia renuncia que hace Occidente de su modelo de economía mixta, por un lado, y por el otro, la necesidad de una China pauperizada, que en el momento de su apertura y ante la fuerza de su debilidad, ofrece al mundo de la industria y la manufactura un número de 900 millones de nuevos obreros que por un plato de arroz ó 30 centavos de dólar la hora, estaban dispuestos a restablecer el status de precarización laboral que prevaleció en el mundo hasta antes de Bretton Woods y que había sido desarticulado con los cambios de postguerra.

En ese momento el mundo económico perdió la sensatez y el compromiso con las políticas sociales y así como estas se vieron fortalecidas de 1945 a 1970 de manera generalizada, desde 1978 a la fecha, han estado expuestas a un franco deterioro, a veces paulatino y muchas veces drástico, el cual se presenta actualmente como una de las causas principales del descontento de la sociedad global.

A partir de esta coyuntura histórica, Occidente traiciona a Occidente en su compromiso social, aportando el financiamiento, la tecnología y la relocalización de su manufactura hacia China (pero también a Asia del Este) al no estimarla relevante para un nuevo mundo postindustrial, al mismo tiempo que decide su desplazamiento a Asia en busca de las máximas utilidades a través de la precarización de la mano de obra china -asiática. China, por su parte, actúa y decide lo mejor en el marco de su contingencia social y el pensamiento de Deng Xiaoping, el cual desde 1980 se comprometió a dotar de comida, vestido y casa a toda su población durante el último tercio del siglo XX (lo cual cumplió) y a proporcionar en la primera mitad de este siglo, como parece que lo hará, de un ingreso de país intermedio a su enorme población de 1,350 millones de habitantes.

Las consecuencias globales de estas decisiones en materia de empleo y prestaciones sociales en el sector industrial, son que el 75% de la mano de obra en manufactura en el mundo se encuentra actualmente monopolizada en un 50% por parte de China y 25% por India. De igual modo, por un 84% por las naciones en vías de desarrollo, principalmente asiáticas y un 16% por países desarrollados. En materia de salario el resultado ha sido que los empleos y los ingresos laborales de Occidente y el mundo en general se han venido pauperizando progresivamente al formar parte ahora de una matriz global que precariza la prestación social de la mano de obra, en perjuicio de los estándares occidentales. Co-

mo efecto secundario, esta lógica del empleo global también incide en el aumento de la informalidad en el mundo, la cual en el caso de América Latina registra niveles promedio del 50% (2015, CEPAL).

Es cierto que actualmente una buena parte de China cubre salarios semejantes o superiores a los de México, y que cerca de un 80% de su población laboral *formal*, cuenta con prestaciones sociales. Pero también resulta cierto que una gran proporción de sus poblaciones centrales y occidentales todavía están lejos de esta realidad económica, en ese universo todavía confuso de las muchas Chinas dentro de China. Sin embargo, este factor ya resulta irrelevante, porque está práctica sistemática de la precarización asiática se ha extendido a una mayoría de la población de Asia del Este y del mundo en desarrollo en general, la cual, bajo el mismo modelo de explotación, no duda en intentar el camino de su desarrollo a partir de exiguos salarios y nulas prestaciones sociales de su gente (Vietnam, Bangladesh, India, etc.), lo cual ahora es aprovechado no solo por las multinacionales occidentales sino también por los propios consorcios asiáticos.

El problema de esta realidad de salarios precarios en manufactura (que cuenta en caso de prolongarse con un back up de respaldo en los más de 1000 millones de habitantes de África o 1,200 millones en India, etc.), es que juega permanentemente como un factor de inhibición para el aumento de salarios reales tanto en Occidente como en América Latina, ya sea de manera real (porque esa cantidad de puestos de trabajo pueda trasladarse efectivamente a Asia en condiciones de precariedad) o inducida (que amenacen a los trabajadores en relocalizar, como un chantaje para no incrementar sus salarios y prestaciones). Esta mecánica que rompió de lleno con el espíritu de Bretton Woods, es una de las razones más fuertes hasta hoy (habría que sumar a partir del 2000 la variante de la substitución tecnológica) de la pérdida de la plusvalía de los salarios de las sociedades occidentales y de los índices per cápita de estos países, los cuales como en Grecia -22%, Portugal -5%, España -7%, Italia -11%, pero también Francia -1% e Inglaterra -4%, han visto disminuir su ingreso en los últimos años (Índices P/C 2007-2014, CEPAL, 2015). En el caso de México, los últimos 30 años se ha perdido el 75% del poder adquisitivo del salario. Y en Estados Unidos, por ejemplo, el ingreso anual medio de los hogares de 2007 a 2014 perdió 4.6%; y un 25% en cuanto al salario anual promedio en el mismo periodo (Godínez, De los Ríos, 2015).

La precarización asiática no es la única responsable del rompimiento del compromiso social de Bretton Woods y sus consecuencias económicas y comerciales en el mundo, pero no cabe duda que es una de sus causas más importantes.

La consolidación del modelo asiático de desarrollo

China no fue la autora del modelo asiático de desarrollo (Socialismo de Mercado), como tampoco lo fue de su estrategia central que se basó en la creación de las Zonas Económicas Especiales (ZEE). Lo que hizo el caso chino fue evidenciar la preexistencia de una estrategia de desarrollo con características asiáticas, que ya

había sido implementada por otras naciones del área, ante lo espectacular de sus resultados económicos y la significancia de su enorme población.

Desde esta perspectiva, Japón resulta ser el autor de este modelo híbrido de desarrollo que surge en el siglo XIX como una respuesta a la escalada hegemónica de las naciones occidentales de la época. En el marco de apropiación de Occidente de los pueblos asiáticos, que se inicia con la llegada de Vasco de Gama a la India (1498), si bien este último país se vence ante el invasor inglés, China se dobla pero nunca se rinde al clúster de potencias occidentales que la invadieron en múltiples ocasiones a partir de la guerra del opio (1839-1842) a lo largo de los siglos XIX y XX. Japón, a diferencia de India y China, toma la decisión de no confrontarse y por el contrario, busca su asimilación con la oleada occidental a través, primero, de un ordenamiento interno de lo político a cargo de la dinastía Meiji en 1867, que acaba con la división del poder de los señores feudales que había prevalecido a la fecha; y segundo, por medio de una inteligente decisión de copiar las principales fortalezas del enemigo. Esta estrategia de asimilación se bordó principalmente a través de dos campos que se estimaron de la mayor relevancia por el primer estadista asiático moderno, el Emperador Meiji Tennō (1867-1912) que de manera inmediata a su ascenso al poder ordenó el estudio de las instituciones occidentales por medio del contacto directo con las potencias europeas, lo cual dio como primer resultado, en el terreno político, la constitución japonesa de 1888, y en el terreno económico, su sensibilidad lo llevó a comprender que la diferencia económica de su tiempo entre Occidente y Asia estribaba en el saber industrial, el cual también adoptó como una línea principal de su periodo, organizando en 1877 la primera gran feria industrial en el primer parque construido para el efecto en la localidad de Ueno, la cual fue solo la primera de una larga lista de ferias industriales patrocinadas por el Estado japonés. Esta significativa política de salida fue acompañada por una apropiación del saber occidental por medio de todos los medios a su alcance: compra de tecnología, contratación de personal foráneo especializado, copia de tecnología y desde luego, por una amplia campaña interna de educación que derivó, todo en su conjunto, que a finales de siglo XIX Japón fuera ya considerada una potencia industrial, y que en la primera mitad del siglo XX, en una estimación desafortunada de ese éxito, Japón decidiera dos invasiones a China y su participación malograda como hegemón asiático en la conflagración de 1939.

Lo anterior lo único que intenta destacar es la toma tan importante que hace Japón del quehacer industrial occidental en un periodo tan corto, elevándose con ello de una nación pre moderna a un hegemón mundial industrializado. De igual modo, lo que se resalta es el maridaje de la toma del conocimiento industrial occidental por parte de una cultura y una idiosincrasia diferente, que en la combinación del quehacer político y económico da como resultado una estrategia de desarrollo con características propias.

Mucho se ha especulado al respecto. Primero, negando la posibilidad de la existencia científica de un modelo asiático del desarrollo. Después, con el seña-

lamiento de que si bien, puede hablarse del tema, los autores del mismo transitan desde Alexander Hamilton, pasando por List y ampliando con Bismarck. Sin negar la influencia de estas y otras fuentes de un modelo que a todas luces se ha centrado en la impronta de un desarrollo basado en el quehacer industrial y científico que predomina en Occidente desde la primera Revolución industrial, lo que lo hace diferente y le da la particularidad de asiático, deviene no de las instituciones políticas occidentales que adopta, sino de esa milenaria visión del poder asiático y su relación con su sociedad, donde desde hace más de 2,000 años las formas políticas se significan por su laicismo, al mismo tiempo que por su verticalidad y diferentes grados de autoritarismo. Donde el equilibrio de su poder se remonta a la milenaria asociación confuciana de gobernante –súbdito, donde para el gobernado es un deber incuestionable el respeto al Estado, como para el gobernante– Estado es una responsabilidad irrenunciable el cuidado permanente del bienestar del súbdito. Esta matriz del poder político es la que explica la carta de naturalización del modelo asiático de desarrollo y sus principales diferencias con el modelo occidental, máxime que este último, como ya se indicó , desde siempre pero más en las últimas décadas se ha insertado en un debate interminable entre Estado y Mercado que no acaba de tener una respuesta cabal ni en la dogmática ni en la aplicación de las políticas públicas occidentales, y que día a día acrecienta su papel de asignatura pendiente como denuncian Sachs, Judt, Mazzucato y otros. Lo anterior sucede frente a un modelo asiático de desarrollo que desde siempre dejó resuelta esta polémica política- intelectual, concentrando toda su energía y estrategia en la obtención de un desarrollo donde el Estado jamás ha dudado de la importancia de su participación.

En este sentido Japón, y desde luego Taiwán (antes Formosa), Corea, Singapur, China y los demás países de Asia del Este, con amplia influencia confuciana, no necesitaron aprender de los papeles Fundamentales de Hamilton (1757-1804) el rol proteccionista del Estado; ni tuvieron que leer de List (1789-1844) sus tesis sobre el Sistema Nacional de Economía Política, donde también explica la importancia del papel del Estado para el desarrollo de un plan industrial y crecimiento económico de cualquier país. Tampoco requirió de investigar el manejo de posturas proteccionistas para favorecer el crecimiento y desarrollo de la actividad industrial adoptado Bismarck desde la década de los setenta del siglo XIX, en el marco del apenas surgimiento del Estado Alemán (1871). No tuvo la necesidad de hacerlo, no solo como un punto de partida para el buen desarrollo de un proyecto industrial nacional, sino como una política *permanente y sustentable* para el éxito del mismo, que es su principal diferencia con Occidente, porque desde el periodo anterior a la era moderna ya existían los libros del confucianismo que regían el actuar de la política pública oriental. El libro del Gran Saber, Doctrina de la Medianía, las Analectas de Confucio, Mencio, entre otros, desde el siglo V a.C. y en diversos momentos de la civilización China, rigieron desde entonces como textos básicos de los exámenes imperiales, donde se le enseñaba al funcionario público sobre la responsabilidad y buen gobierno del Estado, entendiéndose por ello desde el amor

y el ejemplo del Estado sobre sus gobernados, hasta el vínculo indisoluble de respeto y responsabilidad entre Estado y gobernado donde el superior, el Estado, tiene la obligación de proteger al inferior, y este a su vez de ser leal y guardarle respeto, como un orden natural de las cosas.

A lo largo de los siglos, la participación del Estado asiático en el buen gobierno y el éxito en su ejercicio ha tenido visos de categoría ética, de costumbre permanente y no de mecanismo coyuntural de apoyo al despegue de cualquier proyecto público. Por ello, el dilema Estado- Mercado prevaleciente en la arena occidental, no es un tema que forme parte de la preocupación pública del Estado asiático moderno, lo cual se transforma en una de las grandes diferencias del quehacer público oriental y occidental en la economía global, lo que ha sido una de las razones principales de la prevalencia del primero sobre el segundo. Todas estas interrogantes, no muy claras para la dogmática occidental, Deng Xiaoping las resolvió cuando sobre el tema declaró que “No existe una contradicción fundamental entre el socialismo- o sea la participación económica del Estado- y una economía de mercado”, agregando que era incorrecta la afirmación de que la economía de mercado solo existe en la sociedad capitalista; resumiendo sobre la postura china que “Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas, si el capitalismo no es útil las medidas serán capitalistas” (Oropeza, 2008, p. 45). O sea, tanto Estado como nos convenga y tanto Mercado como sea posible. Al respecto Huntington concluye “Los asiáticos del Este atribuyen su espectacular desarrollo económico, no a la importación de la cultura occidental, sino más bien a la adhesión a su propia cultura. Estamos teniendo éxito, afirman, porque somos diferentes a Occidente” (Huntington, 1996, p. 109).

La década de los setenta, insistimos, es un territorio no acabado de explorar donde se encuentran muchas de las causas originales del desorden global que acusamos hoy en día.

En esa década se deciden la mayor parte de los cambios estructurales que rompen con la idea original de Bretton Woods de un mundo más integrado con alto grado de compromiso social. El capitalismo desaforado vuelve a tomar control de las cosas desde fines de los setenta y hoy sus resultados responden a la mayor parte de la insatisfacción global. La traición a un mundo de postguerra con compromiso social se perpetró desde el momento en que en el marco de la primera apertura china (1978), llegaron los grandes capitales para no pagar prestaciones sociales y cubrir sueldos de hambre.

Junto con ello, la por demás exitosa incorporación de China en la economía global a fines de los setenta, a través del ejercicio amplio de un modelo de desarrollo protagónico y heterodoxo, con características asiáticas propias, han desembocado, entre otras causas, al rompimiento de paradigmas económicos antes generalmente aceptados, como el liderazgo geopolítico de Estados Unidos, así como el ciclo de una era Occidental del Atlántico.

Lo paradójico de esta pérdida de Occidente respecto a Asia del Este, es que el milagro chino, y ahora asiático, fue hecho con financiamiento, relocalización y tecnología proveniente de las elites cosmopolitas occidentales, que en su visión cortoplacista de Mercado, perdieron la supremacía ante una visión de Estado de las civilizaciones asiáticas.

V. La inevitabilidad asiática

Huntington cabalga de nuevo

Las buenas conciencias intelectuales y las opiniones más reservadas de su tiempo, recibieron con cierto barullo la aparición en 1993 de un artículo que se hizo libro en 1996 (El Choque de Civilizaciones) de Samuel P. Huntington. Entendida como una lectura provocadora, por hablar del posible enfrentamiento entre las civilizaciones relevantes de Asia y Occidente, sin descartar el elemento de la religión como parte de esa confrontación, en la parte central de su planteamiento alertaba del regreso económico y geopolítico de esas civilizaciones asiáticas y en especial de China.

Más allá de la especulación de una obra de perspectiva, que arriesgó la visión de escenarios nuevos e inquietantes, el libro de Huntington es rico en contenido en alertar a Occidente en general, pero a Estados Unidos en particular, sobre la delicada situación que guardaba en los noventa respecto al ascenso vertiginoso de las nuevas civilizaciones de Asia del Este y de China.

Al respecto Huntington escribía “Parece plausible que durante la mayor parte de la historia, China haya contado con la mayor economía del mundo. La difusión de la tecnología y el desarrollo económico de sociedades no occidentales en la segunda mitad del siglo XX está produciendo actualmente una vuelta a la pauta histórica habitual. Este será un proceso lento, pero para mediados del siglo XXI -auguraba Huntington- si no antes, la distribución del producto económico y del volumen de producción manufacturera entre las principales civilizaciones es probable que se asemeje a la de 1800 –Pronosticando de manera categórica que si no se hacía nada al respecto– Los doscientos años de fugaz paréntesis occidental en la economía mundial habrán acabado” (Huntington, 1996, p. 103). Si esto no fuera suficientemente claro, al comentar como en 1919 Woodrow Wilson por parte de Estados Unidos, Lloyd George por Inglaterra y Georges Clemenceau por Francia, determinaban la suerte de los países del mundo “ Cien años después- decía- ningún grupito de estadistas podría ejercer un poder parecido;- agregando que- en caso de que algún grupo llegue a ejercerlo, no lo formarán tres occidentales, sino líderes de los Estados centrales de las siete u ocho principales civilizaciones del mundo- agregando que- Los sucesores de Reagan, Thatcher, Mitterrand y Kohl tendrán como rivales a Deng Xiaoping, Nakasone, Gandhi, Yeltsin, Jomeini

y Suharto- añadiendo para evitar cualquier duda que -La era de la dominación occidental habrá pasado a la historia” (Huntington, 1996, p. 107).

Que no entendió Estados Unidos hace un cuarto de siglo de esta y otras alertas que con toda claridad le avisaban del advenimiento de nuevos actores geopolíticos asiáticos encabezados por China, que amenazarían su predominio económico y liderazgo mundial en el siglo XXI, igual que al resto de Occidente. Huntington no fue el primero en hablar de la debilidad norteamericana y occidental en la tercera parte del siglo XX. Ya otras voces menos elocuentes habían hablado de la debilidad norteamericana y del riesgo del predominio occidental (Mac Ewan, Cypher, Cusminsky, etc). No obstante, la voz de Huntington fué una de las más claras de su época, aunque tampoco logró ser escuchada en términos de una reacción geopolítica por los responsables en turno de Estados Unidos y la Unión Europea. Hoy, para beneplácito de China y preocupación de las naciones occidentales, la confrontación se encuentra muy avanzada en términos económicos y geopolíticos y es causa de los principales movimientos sísmicos del desorden global de nuestros días.

La inevitabilidad de China

El mundo occidental reacciona tarde al tema de China. Llega tarde y entiende poco sobre su aparición en el escenario global. En la idea de un ciclo occidental eterno, Europa y Estados Unidos olvidan la historia del milenario predominio asiático (China e India) y la primera apertura China de 1978 la confunden con la oportunidad de multiplicar utilidades a través de la precarización de la mano de obra asiática, creyendo que Asia del Este y China podrían cumplir un simple papel maquilador, el cual podrían suspender o cancelar cuando lo estimaran conveniente.

En el marco de esta *confusión*, Occidente olvida sus compromisos de postguerra, y ante la decisión de China de unirse al comercio y a la economía global a través de la *fortaleza* que le quedaba después del periodo Maoísta, que era la de su enorme oferta de mano de obra barata, Occidente decide caer en la trampa global de tomarla y al hacerlo, rompió con la lógica del desarrollo global que prevaleció de los 50 a los 70 del siglo pasado y su filosofía de compromiso social. Esta renuncia a la postre operó tanto con los trabajadores asiáticos precarizados (de quienes no le importo ni sus mircosalarios ni la ausencia de prestaciones sociales o la destrucción del medio ambiente) como al final, de sus propios trabajadores y clases medias.

Cuando ahora se alude en no pocas ocasiones que la globalización es la culpable del desencanto mundial, de la baja de prestaciones y de empleos en Occidente, vale la pena recordar que globalización no es sinónimo de precarización y que la relocalización ocasionada por este motivo, principalmente en Asia del Este, pero no solo en Asia del Este, es una de las principales causas de lo que ahora entendemos como la Inevitabilidad Asiática, o sea, el debilitamiento occidental de Europa y Estados Unidos, y el fortalecimiento sistemático de China y de Asia del Este.

China, a lo largo del siglo XX, a partir de la caída de su último imperio en 1911, inicia el difícil camino de su reconstrucción después de un periodo decadente que se significó por el predominio de las naciones occidentales.

La recuperación después de las glorias imperiales no fue fácil. Un interminable proceso de reacomodo militar y social la ocupó hasta 1949, donde triunfa la revolución del presidente Mao. Pero tampoco lo fue después, porque el camino comunista emprendido por Mao durante su ejercicio no pudo resolver las necesidades primarias del pueblo chino. En ese entonces, ni en China ni fuera de ella se pensaba, como sucedió en los hechos, que en tan solo cuatro décadas posteriores a esas hambrunas y fracasos económicos, China pudiera estar hoy rivalizando con Occidente en general y Estados Unidos en particular, por la hegemonía de la primera parte del siglo XXI .

Como no hay un antecedente histórico que supere la rapidez y condiciones de la disolución de la Ex Unión Soviética en 1991, así tampoco hay un ejemplo en la historia económica que rivalice con China en cuanto al tiempo de su recuperación económica y geopolítica.

A la *milagrosa* recuperación de China le preceden los cinco mil años de éxito civilizatorio. De manera especial, los que corresponden a sus últimos 1800 años de hegemonía mundial. A lo anterior le sigue la sensibilidad de una generación de estadistas (Deng Xiaoping, Jiang Zemin, Hu Jintao, Xi Jinping, etc.) que han entendido las particularidades de un tiempo nuevo que China, por cierto, no contribuyó a crear. La incorporación de China a la economía global en la década de los setenta fue un enorme reto de alto grado de complicación, que cualquier error cometido hubiera incidido en el alcance de los resultados que le festejamos ahora. Como se sabe esto no fue así y por el contrario, el diagnóstico acertado sobre un tiempo de cambio y el papel progresivo que le convenía elegir, han sido las constantes de su actuación las últimas décadas. Al propio tiempo, la falta de entendimiento sobre China y la ausencia de una estrategia afortunada para tratar con ella en términos económicos y geopolíticos, ha sido la constante occidental.

Una apertura acompañada, progresiva, selectiva, donde a pesar de sus múltiples limitaciones económicas, China decidió sobre Occidente, fueron las líneas de estrategia para orientar conforme a los propios intereses chinos los primeros flujos externos. Una selección de zonas económicas preferentes, de sectores elegidos, con sus propios tiempos y movimientos, les fueron impuestos en todo momento a los inversionistas occidentales. De manera especial y con ello cambio su destino de ser la gran maquiladora a la gran fábrica del mundo, fue el de *exigir* desde un principio a la mayoría de los actores económicos occidentales, a cambio del apetecible mercado chino, el traspaso de tecnología y la asociación con empresarios chinos. Lo anterior fue fortalecido con una amplia toma informal (piratería) de tecnología por parte de China sobre todos los sectores industriales de su interés.

De este modo la maquila, en un salto histórico, se convirtió en fabricación nacional en la que China participa activamente con el 50% del contenido de todo lo que produce, en su calidad de primer exportador del mundo; y donde el

50% de las empresas que lo fabrican son estatales. Si esto no fuera suficiente, a partir de 2013 China echó a andar un programa de aumento de su contenido nacional (Made in China 2025) a través del cual espera llegar al 2025 con un 70% en toda su manufactura. Por ello cuando se habla del milagro chino, insistimos, tendría que pensarse en Occidente como uno de sus autores principales.

La guerra por las manufacturas en este ciclo económico ha terminado y ha sido ganada por China. Lo anterior puede evidenciarse desde 2010, en el momento que China retoma el liderazgo de la manufactura mundial, el cual perdió en 1880 cuando fue rebasada por Estados Unidos. Hoy el país asiático detenta más del 25% de la producción mundial en la materia, mientras Estados Unidos, en franca declinación, participa con menos del 15% en este rubro.

En las últimas décadas pareciera que la constante sobre China ha sido la de apostar a dos posibles escenarios; más como parte de un deseo, que como el resultado de un análisis realista sobre la naturaleza e implicaciones del milagro chino. El primero, muy socorrido a fines del siglo XX (Fukuyama, Gordon, Guiddens, etc.) fue que China, por la propia inconsistencia de su estrategia económica, colapsaría irremediablemente antes del nuevo milenio. La otra apuesta, variando en tiempo y circunstancia, es que China no sería capaz de fabricar vehículos, camiones, trenes de alta velocidad, aviones, barcos, etc., por carecer de las tecnologías y porque la naturaleza innovadora asiática era inferior a la Occidental. Como se ha ido registrando éxito a éxito y logro a logro, hoy China es el principal productor de la mayoría de estos productos, como de muchas otras líneas de manufactura de baja, media y alta tecnología.

Ante el éxito económico de China y el escalamiento del debate sobre su inevitabilidad económica sobre Estados Unidos, la litis se ha trasladado al último escalón que le queda a China por conquistar, que es el de los servicios de la inteligencia, sobre el que igual que hace 30, 20 ó 10 años, parte de la opinión occidental sostiene que China no tiene la capacidad para superar en este rubro a los avances occidentales, y en particular, el liderazgo de Estados Unidos, intentando con ello, al igual que en décadas anteriores, hacer de una negación o una falta de credibilidad la mejor estrategia contra al abordaje chino. Por su parte China, a través de un proyecto sistematizado, puntual en tiempos, objetivos y movimientos, como lo viene haciendo desde las “*cuatro modernidades*” de Deng Xiaoping, ya tiene planes para reducir sus diferencias en los servicios de alta tecnología en 2025, así como fortalecer su posición en 2035, para convertirse en líder mundial en 2045 y la mayor potencia tecnológica en 2050. Bajo este enfoque de largo plazo, China espera que la ciencia y la tecnología contribuyan al 60% de su PIB, y que 2.5% del mismo se destine a su investigación y desarrollo, lo cual la llevaría a ser la nación con el más alto índice de participación en la materia.

Para el logro de estos objetivos China ya se propuso construir 45 Centros de Innovación para 2025, así como llegar al 2020 con un promedio de 100 robots por cada 100 mil trabajadores. De igual modo prevé arribar al 2025 con un 84% de automatización por control numérico en sus principales procesos de manufactura y un 64% en digitalización en herramientas de diseño. Lo anterior,

procurando el desarrollo de las capacidades de innovación nacional y promoviendo la formación de talentos (Made in China, 2025).

En cuanto al *up-grade* del contenido nacional, lo estará buscando por medio de tres estrategias: a través del remplazo tecnológico, el dominio chino en industrias emergentes y la “presión o motivación” a los actores occidentales de la vanguardia tecnológica para que *compartan* su tecnología. Esta última estrategia, publicitada por China sin ningún rubor, busca repetir la misma fórmula de apertura de fines de los setenta, o sea, la de ofrecer la *seducción* de sus millones de consumidores a cambio de tecnología.

En este sentido China sigue siendo clara (una claridad que Occidente se niega o no le conviene entender) al no ocultar los términos de su estrategia. A través de su plan Made in China 2025, el país asiático avisa de la presión que aplicará a los jugadores occidentales relevantes de la tecnología a través de su Comisión Nacional de Competencia (NDRC, por sus siglas en inglés), a fin de que acepten *colaborar* en su proyecto de apropiación y desarrollo de alta tecnología. Este plan, se sistematiza en diversas acciones entre las que destaca la modalidad de transferencia de tecnología; la de *presión* para el manejo de precios bajos para la compra de tecnología; la *exigencia* de recursos humanos foráneos calificados y la de fabricar alta tecnología en China con socios chinos, entre otras.⁵

Dentro de este último gran debate respecto a que China no podrá acceder a los niveles de alta tecnología detentados principalmente por los países occidentales, como el último reducto de su hegemonía económica (sin contar el renglón militar), vale la pena resaltar que esta estrategia lejos de ser un proyecto de futuro ya forma parte de una política pública vigente que ya ha estado generando resultados concretos en el ambicioso camino chino de los servicios del conocimiento.

Como ejemplos de esta estrategia vale la pena resaltar casos como el de Qualcomm, que es una empresa norteamericana, líder a nivel mundial en la fabricación de chips y semiconductores, a la que primero, a través de la N.D.R.C, China la multó con un billón de dólares por prácticas de dumping; para luego negociar con ella y *motivarla* a bajar sus precios y a fabricar en China en la región sudeste del país, en zonas marginales económicas. De igual modo, respecto a la misma empresa Qualcomm, China la ha *motivado* para traspasar tecnología y fabricar de manera conjunta con empresas locales como Huawei, Tencant, etc. A la empresa Hewlett Packard (HP), también la *motivó* a capacitar a empresas chinas y trasladar tecnología; a I.B.M, para fabricar en el país equipo mainframe; a INTEL, a fabricar High-end mobile chips; a Google, a realizar censura de búsquedas; a Apple, el retiro de Apps no autorizadas, así como la instalación de cuatro centros de investigación y

⁵ En el siguiente enlace se puede consultar el texto del Plan Made in China 2025, sólo disponible en idioma chino: Made in China 2025 <https://wenku.baidu.com/view/5a9dc25384254b35effd3410.html>. De igual modo en : <http://www.icex.es/icex/es/navegacion-principal/todos-nuestros-servicios/informacion-de-mercados/paises/navegacion-principal/el-mercado/estudios-informes/DOC2016671546.html?idPais=CN>

desarrollo en diversas zonas del país, etc. Todo lo anterior ante el uso “inteligente” (China dixit) y no ilegal de la fuerza del poder del mercado chino.

Según el mismo plan 2025, la estrategia buscará profundizar en 10 sectores tecnológicos estratégicos a saber: el de equipamiento eléctrico, maquinaria agrícola, nuevos materiales, vehículos de nuevas energías, herramientas de control numérico y robótico, tecnologías de la información, equipamiento aeroespacial, equipamiento ferroviario, investigación marítima y barcos de alta tecnología y equipamiento médico.⁶

A pesar de la importancia de estos proyectos y de sus sectores tecnológicos, en realidad no hay nada nuevo en la estrategia que China no haya hecho desde 1979, cuando aprobara la primera Ley de Equity & Joint Ventures a fin de negociar con los primeros actores económicos del momento, a los cuales a cambio de su inversión en China, los *motivó* al traspaso de tecnología y en muchos otros casos a la aceptación del 51% de participación accionaria asiática, como el caso de algunas armadoras occidentales. Esta práctica nace desde la primera apertura china, cuando Occidente era un gigante y China en ese entonces no tenía recursos financieros ni tecnología, y por el contrario, como manifestó Jiang Zemin en su momento, su mayor preocupación era proporcionar alimento tres veces al día a los cerca de 900 millones de personas que en esas fechas integraban su población. Tampoco hay nada nuevo en cuanto a la postura occidental, ya que desde entonces hasta ahora, su posición ha sido la de aceptar este tipo de términos de negociación, lo mismo en fábricas de automóviles y de autopartes en los ochenta, como ahora en los productos o servicios de la más alta tecnología.

Ante ello, el reiterado debate sobre si esta vez la inteligencia y el atraso chino no podrán ascender al exclusivo mundo de los High Quality Products Service, como se dijo en su momento de la industria automotriz, aeronáutica, u otras, la pregunta más bien sería ¿por qué no podrá lograrlo? si las partes esenciales de su estrategia siguen siendo las mismas, al igual que la política de sumisión de Occidente. Y en este caso, como en las últimas cuatro décadas, mientras China enfrenta al desarrollo como una estrategia de Estado, de posicionamiento geopolítico de largo plazo, para las empresas occidentales, al igual que en 1979, su contacto con China no pasa de ser una nueva acción de mercado, de negocio, a través de la cual buscan satisfacer el apetito de sus accionistas sin importar que al final cada uno de estos sectores, apropiada ya la tecnología por parte de China y escalado su nivel de contenido nacional al 70%; sufran con el tiempo la baja de su nivel de ventas en el mercado chino. Al final de este *encuentro de civilizaciones*, lo que queda es la fortaleza de un proyecto de Estado que transita por un socialismo de mercado con fines de liderazgo político y económico, frente a un

⁶ El mercado asiático vive actualmente un furor por las acciones de tecnología. “Cualquier cosa que sea asiática y tecnológica parece ser una formula bastante potente” señala Mirabaud Asia Ltd. Las acciones de compañías tecnológicas cotizadas en la bolsa de Asia (OPI) han aumentado un 141 % promedio durante 2017, contra un 25% para ofertas públicas iniciales en USA y 13% en Europa (Reforma, noviembre, 2017).

CEO occidental que solo le interesa incrementar el porcentaje de sus ventas a fin de lograr un bono anual más jugoso. Como apunta Waterman, Presidente del Centro de China en la Cámara de Comercio de Estados Unidos, “Si Hecho en China 2025 logra sus objetivos, Estados Unidos y otros países probablemente se convertirán en simples exportadores de materias básicas a China vendiendo petróleo, gas, carne de res y soya”. (Reforma, noviembre, 2017).

En 1980 la diferencia de PIB económico entre China y Estados Unidos era de 14 veces. Era un mundo prechino y ninguna de las naciones desarrolladas tomó al país asiático con la seriedad ni con la estrategia adecuada. En la década de los noventa, pasó lo mismo y si bien China ya crecía al 10% anual promedio, Occidente, ante la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética (1991), ocupado en el fin de la historia, todavía condicionaba ingenuamente a China su acceso a la Organización Mundial del Comercio. En 2001, ante la firma del Protocolo de adhesión a la OMC y más de 20 años ininterrumpidos de alzas asiáticas del 10% promedio, Occidente empezó a notar que Asia existía y que China se alzaba de manera preocupante. A pesar de ello, la reacción sigue igual: aletargada e insuficiente. Sumida en la complicidad de la precarización, la cual se ha vuelto más focalizada y sofisticada. Como ejemplo de lo anterior, la mano de obra barata ya no está en el Pacífico, sino en el centro o en el Occidente de China. O los apoyos estatales del gobierno chino, al igual que en el caso de las zonas económicas especiales de los ochenta, ahora a través de las Free Trade Zones creadas en 2013; o por medio de los apoyos especiales a las empresas tecnológicas como a Qualcomm, a quien ha proporcionado apoyos fiscales y de infraestructura sin costo; subsidios y créditos para nuevas plantas tecnológicas, igual que lo hiciera para las fabricas de motocicletas y vehículos a inicios de los ochenta.

De 1978 a 2017 han transcurrido apenas 39 años, pero en términos históricos y geopolíticos, China, la civilización de ayer, se alza con el proyecto geopolítico más creíble del siglo XXI, frente a un Occidente europeo que sigue en busca del rumbo perdido, en un marco de ocurrencias políticas y bajo crecimiento económico. Estados Unidos, en su versión política más desafortunada, no solo vive una pérdida de rumbo, sino que padece un proceso de marcado retroceso ante el liderazgo de un presidente que ha demostrado ampliamente su ignorancia global y su enfermedad mental.

Todo esto opera de manera directa a favor del concepto de una China de hegemonía *inevitable*⁷ y un debilitamiento occidental progresivo, en el que

⁷ Desde luego aparecen los pasivos chinos como su abultada deuda, su longeva población a 2050, su desigualdad, los términos de su occidentalización y sus retos ecológicos, entre otros. Sin embargo, la inercia exitosa de su futuro, tanto política como económica, son dos motores que difícilmente sufrirán un retroceso en el corto plazo. El Congreso 19 del Partido Comunista Chino (PCCh) celebrado en octubre de 2017, fue una muestra de consolidación de lo alcanzado y de poder estratégico por lo que falta por lograr. Paradójicamente de ese mismo Congreso podrá surgir la primera chispa de inestabilidad de China contra China, en el desborde de poder mostrado por el Presidente Xi Jinping, quien a lo largo del Congreso dejó abierta la puerta de una reelección infinita que rompe con la ortodoxia política impuesta por el creador del milagro chino, Deng Xiaoping.

puesto en el mejor de los escenarios, dicho por Zhang Jun, Director de Economía Internacional del Ministerio de Exteriores de China, China no dio un paso al frente, sino que Estados Unidos, y podríamos agregar Europa también, han dado un paso atrás.

La relación entre Estados Unidos y China, dada su importancia geopolítica, (en el caso de China desde siempre y de Estados Unidos a partir del siglo XIX) ha sido una intuición a la distancia que en el caso de la nación norteamericana se transformó en acciones concretas en la zona de Asia- Pacífico (Japón 1854, Filipinas 1899) hasta la colocación de tropas en territorio chino durante el levantamiento de los bóxers (1899) y en la segunda guerra mundial. El nacimiento de la hegemonía norteamericana en el marco de la declinación asiática determinó un resultado favorable claro para la primera. A la fecha las opiniones se dividen. Incluso importantes tratadistas en la materia no logran ponerse de acuerdo respecto a las razones del enfrentamiento como del desenlace del mismo. Huntington, como ya se relató, elabora un amplio análisis que fundamenta la declinación de Estados Unidos frente a China a lo largo de la primera mitad del siglo. Después lo siguen Sachs, señalando que el nuevo *jefe* de la plaza es China. Rifkin, que abunda sobre la debilidad americana, con un serio análisis de su crisis económica. De manera especial, Hobsbawn, quien desde hace décadas viene explicando detalladamente porque a los americanos ya no les interesa el liderazgo del mundo y prefieren su tranquilidad nacional. Krugman nos habla de que Estados Unidos está por descalabrarse con la gran muralla y Zakaria, ante la fuerza de los números del avanzado desencanto del pueblo americano en sus instituciones (1964-75%, 1979-50%, 2008-30%, 2010-19%), concluye que esta vez los pesimistas podrían tener la razón. Dese luego Nye encabeza las opiniones contrarias, con esa siempre ponderación de lo americano, pero con una no siempre oculta tolerancia respecto a las intenciones globales de China. Mazarr por su lado, con una postura más de negación que de análisis, declara que Estados Unidos “no puede” renunciar a su papel como principal patrocinador del orden internacional. Fukuyama, basado en la experiencia y el fracaso de su análisis anterior al año 2000, donde anunció el quebranto de China, indica que aun no es tarde para la recuperación de la nación americana. Ghemawat y Hout, en amplios estudios en el terreno de la última batalla de los servicios entre Estados Unidos y China, sostienen que salvo que Washington cometa graves errores, no hay motivos para pensar que el país norteamericano perderá su ventaja tecnológica.

A la fecha y ante la necesidad de un referente geopolítico para avanzar hacia el 2050, una debilidad acumulada del país americano prevalece, ante una fuerza asiática que no se da reposo en su carrera rumbo al liderazgo geopolítico.

Lo anterior, lejos de ser un tema radicado en el morbo, al mundo global le es muy importante saber de las líneas individuales o colectivas de asociación que deberían estar dando referencia a la geopolítica, pero también al comercio y al desarrollo económico de la época. Al respecto no ayuda una posición norteamericana que sigue jugando con la dualidad de hablar como el líder mundial y actuar como una de-

cadente nación desarrollada. Al mismo tiempo China no suma a un mayor discernimiento, si al mismo tiempo de mostrar su desbordado interés en convertirse no solo en la principal economía, sino en la nueva civilización del mundo, al propio tiempo rehúye cualquier compromiso geopolítico respecto al nuevo orden del mundo. Esta doble ausencia de los actores relevantes en el siempre deseable orden y paz global, constituye una de las razones fundamentales de la *no solución* del debilitamiento de las instituciones de Bretton Woods, y del relanzamiento de un proyecto más razonable e incluyente para la población que habita hoy en el planeta.

Es evidente que la matriz del desorden global radica en el rompimiento de su equilibrio ante la declinación de Estados Unidos y el súbito ascenso de China. Este movimiento de placas hegemónicas, en tan corto tiempo histórico, es lo que ocasiona el desfase del orden establecido y la consiguiente incertidumbre sobre su posible reacomodo, el cual no acaba de definirse ante el no agotamiento de sus tendencias.

Su problema mayor, tal vez radica, que el cambio de reglas comúnmente aceptadas que acompaña a este rompimiento de equilibrio, guarda condiciones inéditas y no augura un fácil aterrizaje. El choque de hegemonías, a diferencia de eventos anteriores, no es entre dos potencias occidentales, sino que en la arena aparecen dos cosmogonías, dos modelos económicos y dos modelos políticos diferentes, que batallan más allá de los PIBS o del intercambio de mercancías. Nunca en la historia de la humanidad, por sus dimensiones actuales, el mundo habría enfrentado este tipo de confrontación por el poder de la época.

Lo que agudiza esta confrontación, es que el siglo XXI tampoco tiene parecido con sus antecedentes inmediatos. Nuevas fuerzas tecnológicas; el cierre de ciclos industriales; carbónicos; poblaciones insospechadas y amenazas de extinción, son atributos particulares del cierre de un ciclo de alta envergadura que demanda de la madurez civilizatoria de la sociedad global y de sus posibles hegemones.

La inevitabilidad asiática (Asia del Este)

En su importante obra ¿Por qué manda Occidente...por ahora?, Ian Morris declara “A corto plazo, las pautas establecidas en el pasado sugieren que el traspaso de poder y riqueza de Occidente a Oriente es inexorable” “La transformación del viejo núcleo oriental en una periferia de Occidente en el siglo XX permitió a Oriente descubrir las ventajas de su atraso, y la última de estas – la incorporación de la vasta y pobre fuerza laboral china en economía capitalista global- está todavía desarrollándose” Y cierra el comentario diciendo que “La transferencia de poder y riqueza de Occidente a Oriente en el siglo XXI es probablemente tan inevitable como el movimiento en dirección opuesta, de Oriente a Occidente, en el siglo XIX”. (Morris, 2014, p. 700). Iglesias, por su lado, al hablar de las perspectivas latinoamericanistas dentro de estas nuevas tendencias globales declara que “Nadie, por otra parte, niega la visión de que el siglo XXI es el siglo del Pacífico y mirar hacia allá es fundamental” (Iglesias, Lagos, 2015, p. 67). Ferguson condiciona, “De persistir las tasas de crecimiento actuales, la economía de China

podría pasar a la de Estados Unidos en 2014 en términos de poder adquisitivo nacional, y en 2020 en términos de dólares actuales”- Agregando que- “De hecho, en algunos aspectos el siglo asiático ha llegado ya” (Ferguson, 2012, p. 404).

Morris, Iglesias, Ferguson, Huntington, Sachs, son parte ya de un amplio grupo de internacionalistas que de un modo u otro vislumbran o aceptan la “inevitabilidad asiática” en el siglo XXI. A nombre del pensamiento asiático, Mahbubani pronuncia fuerte” Pocos en Occidente han captado todas las implicaciones de los dos rasgos más salientes de nuestra época histórica. En primer lugar, hemos llegado al fin de la era de dominación occidental de la historia del mundo”. “En segundo lugar, veremos el renacimiento de las sociedades asiáticas en gran escala” (Mahbubani, 2013, p. 29).

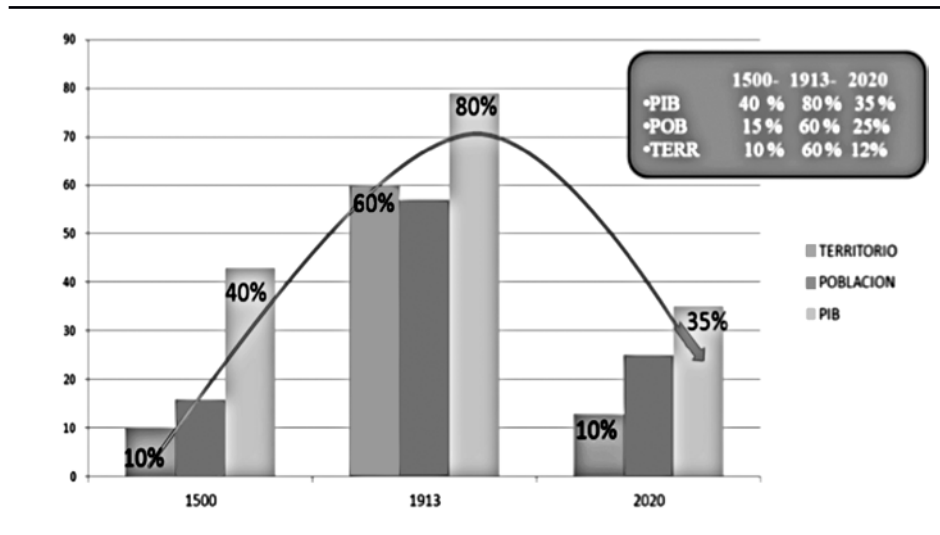
El debate seguirá abierto ante la prisa de unos, de ostentar títulos apresurados y la de los otros, los amigos de la negación del cambio. La de los que pretenden la supremacía de los dividendos y los que se opondrán hasta lo último por no perderlos. A pesar de lo anterior, la acumulación de los hechos económicos y políticos a favor del avance asiático y el debilitamiento occidental, soportan ya las tesis que refieren a una inevitabilidad asiática como la fuerza global que está definiendo cada vez más el devenir económico y político de la época.

Los altos índices de crecimiento asiático desde la década de los 50 hasta la fecha. Primero por Taiwán, Corea y luego Japón. En los 60 Singapur; China en los 70 y hoy en general por la mayoría de las economías de Asia del Este, que han estado generando alzas entre el 5% y 6% anual promedio, contrasta con los bajos incrementos entre 1 % y .5% obtenido desde el 2000 por la mayoría de los países occidentales. En cuanto a los ingresos per cápita, mientras China acumula cifras superiores al 175% (2007-2014), en el mismo periodo, como ya se indicó, las naciones europeas han visto disminuir su participación los últimos 15 años. La contribución al crecimiento económico mundial de las naciones desarrolladas del 50% que promediaba de 1991-1995, se ha visto fuertemente disminuida a un 28% (2011-2015), mientras que China e India en los mismos periodos escalaron de un 16 % a un 40%, superando sobradamente el esfuerzo económico Occidental en este rubro (CEPAL, 2015). De manera importante, las economías más representativas de Occidente no han podido recuperar a 2015 los coeficientes de inversión que tenían antes de la última *erupción económica* de 2007 -2009, mostrando disminuciones reales de hasta -30% por parte de Italia, Reino Unido con - 8%, Francia el -5% , Alemania -3 % y Estados Unidos -1 % (CEPAL, 2017). Tampoco en materia de productividad los datos son buenos. “En la economía de mejor comportamiento de la OCDE, Estados Unidos, la productividad por hora trabajada creció solo 1.3% anual entre 2005 y 2015, en tanto lo haría a un 3% anual entre 1995 y 2005. En los doce meses que van entre el segundo trimestre de 2015 y el de 2016, esa productividad ha caído 0.4%. La productividad del trabajo, al final del segundo trimestre de 2016, suma tres trimestres consecutivos de caída, el ciclo más largo de caída desde los años setenta (Fleming, 2016). A su vez, la productividad total de factores (PF) creció solo

0.2% en 2015, en tanto la misma variable mostraba una expansión anual del 1.1% en las dos décadas previas a la crisis.” (CEPAL, 2017).

La lista de pasivos podría ser más exhaustiva, pero en términos geopolíticos, la supremacía asiática respecto a Occidente podría resumirse en el fuerte regreso de Europa (Estados Unidos a partir del siglo XVIII) a los niveles que en materia de población, territorio y PIB tenía hace 500 años, cumpliéndose el pronóstico de Huntington del “breve paréntesis” del triunfo occidental en la era moderna.⁸

Cuadro 2
La inevitabilidad Asiática



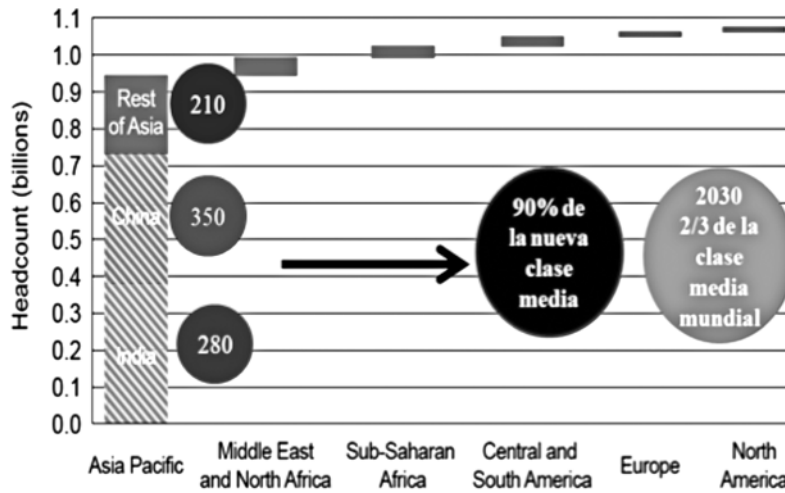
Fuente: Ferguson, Sachs, FMI.

Todo este deterioro occidental desde la década de los setenta hasta hoy, en favor de la región de Asia del Este en general y de China en particular, se ha traducido en el ascenso económico de estos países y la mejora social de sus poblaciones. De un un estudio de Homi Kharas (2017) sobre las clases medias, puede desprenderse con claridad el traspaso de riqueza del Atlántico al Pacífico. El estudio nos dice que de 2015 a 2022 el 90% de la nueva clase media en el mundo se generará en Asia Pacífico, la cual se repartirá con 350 millones de personas beneficiadas en

⁸ En cuanto al territorio, de la cifra de 1,500 de un 10% de la superficie mundial, Occidente a 2020 llegará con el 12% aproximadamente. Referido a población en el mismo ciclo, de un 15% cerraría con un 25% de la población mundial y en poder económico de una subida en 1500 del 40% que se alzó en su mejor momento a 80% (1913), para 2020 llegara en 35% (Ferguson, Sachs, FMI).

China, 280 millones en India y 210 millones al resto de Asia del Este, y que para 2030, las dos terceras partes de la clase media mundial corresponderán a Asia Pacífico. En contra partida, de 2015 a 2030 los porcentajes de participación de la clase media de Estados Unidos pasará de un 11% a un 7% y de Europa también disminuirá del 24% al 14%.

Cuadro 3
Contribución Regional a la Clase Media del Mundo
(Millones 2015-2022)



Fuente: Homi Kharas, 2017.

Si los números de las últimas décadas nos hablan del éxito del modelo económico de Asia sobre Occidente, sus estrategias de posicionamiento geopolítico, nos ratifican esta tendencia.

Como ejemplo de lo anterior aparece un Estados Unidos y Europa que como ya se dijo, no han sabido construir una agenda con China ni con la región asiática. Permanecen absortos en la complicidad de la asociación por precarización de los recursos humanos del área, sin que acierten a discernir una propuesta que cambie la matriz de las cosas, como una de las fuentes principales de la inequidad distributiva y desencanto general de la época, soportando a través del enriquecimiento de sus elites cosmopolitas el drenaje de recursos a Asia a través de sus abultados déficits comerciales. Este congelamiento occidental, que redundo directamente en el no éxito de su desarrollo económico y proyecto de futuro, los ha llevado, a la Unión Europea, hacia una amenaza de desmantelamiento que pone en riesgo lo alcanzado a la fecha. En Estados Unidos su esce-

nario no es mejor. En cuanto a lo económico, la caída de nivel de su población las últimas décadas⁹ ha generado una irritación que desembocó en lo político con la elección de un presidente enfermo, que carece de los atributos adecuados para construir los acuerdos de un nuevo proyecto de desarrollo no solo para Estados Unidos, sino para su región y el mundo en general.

En materia de integración, Occidente marcha en retroceso. En el caso de la Unión Europea, el binomio Francia-Alemania ha mostrado su incompetencia para relanzar el proyecto de la zona, la cual ante su desgaste económico es presa de una inconformidad política que obstaculiza su ruta hacia el futuro. La salida de Inglaterra de la Unión, la quinta potencia mundial, ha sido un descalabro al proyecto de integración que está lejos de solucionarse y que por el contrario, ha sido fuente de motivación para abrir nuevas inquietudes de separación como los casos en Bélgica, Escocia, Cataluña, Italia etc. Su oposición a concretar con Estados Unidos el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP por sus siglas en inglés), lejos de ser una postura por las mejores alternativas de desarrollo hacia el futuro, es como el Brexit y el problema Catalán, un regreso al pasado en un intento de fuga de una realidad que no gusta pero que no se atina a resolver. En el caso de Estados Unidos la actitud no es mejor. Presos en el descontento de la pérdida del poder adquisitivo y nivel económico, sus clases medias huyen hacia las regiones populistas que les ofrecen soluciones falsas, involucrando a actores políticos superficiales que no atinan a identificar las soluciones acertadas hacia un nuevo desarrollo rentable. La cancelación del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), de parte del presidente Trump en enero de 2017, fue una clara muestra de una generación política americana que no entiende los flujos de la globalización del siglo XXI. De igual modo, su oposición al TTIP, como los propios europeos, y su sistemático ataque al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés) el cual prácticamente sirve en su mejor parte a los intereses de Estados Unidos, es un muestra más de la falta de claridad en el análisis sobre la naturaleza de los problemas globales que enfrenta y su incapacidad de re-

⁹ No debiera sorprender que el brusco incremento en las desigualdades haya destruido la confianza popular en la competencia y la probidad de las elites económicas, empresariales y políticas (Wolf, 2016). Como ya se ha mencionado, se trata de tendencias que ya venían desde hace algunas décadas y que se han agudizado con la crisis financiera. Por ejemplo, el ingreso promedio de 90% inferior de los hogares estadounidenses se mantiene estancado desde inicios de los años ochenta. En términos reales, el ingreso del hogar medio en 2013 fue 8% inferior al 2007 y casi 9% inferior al máximo alcanzado en 1999. El promedio de los ingresos entre trabajadores a tiempo completo es en realidad más bajo en términos reales (ajustado por inflación) del que se tuvo hace 42 años y en la parte más baja de dicha distribución de ingresos, los salarios reales se asemejan a los que se tenían hace 60 años (Stiglitz, 2016). De este modo, en los últimos 35 años, mientras que los salarios reales disminuyeron en aproximadamente un 6% para el 10% inferior de la pirámide de distribución y crecieron en apenas un 5/6% para la media de los trabajadores, se dispararon en más de un 150% para 1% superior (Tyson, 2015), (CEPAL, 2017, p. 17).

pensarlos hacia una meta 2050. De manera importante, tanto Estados Unidos como Europa siguen evadiendo la causa central de su disminución económica y la pérdida de su liderazgo, la cual es China, junto con Asia del Este. Estados Unidos, como un ejemplo de lo anterior, en el periodo 2000-2015 perdió con China alrededor de 4 billones de dólares. La Unión Europea por su lado, de 2012 a 2016 ha registrado un déficit comercial con el país asiático de cerca de 700 mil millones de dólares (Comtrade, 2017).

Sobre esta falta de actuación de Estados Unidos respecto a China, Steph Bannon, en el marco de su salida del gabinete presidencial (agosto de 2017), brindó una explicación poco ortodoxa sobre el tema. Primero reconoció que la nación americana tenía una *guerra económica* con China, vaticinando incluso que estaban en riesgo de perderla en cinco o diez años, si no se actuaba. Sobre porque Estados Unidos no había sido más efectivo al respecto, habló del miedo que los funcionarios de la Casa Blanca tienen sobre China (*se están meando encima*). (Reforma, agosto, 2017).

El que no se haya incluido el tema de China dentro de las negociaciones que abrió Estados Unidos sobre el NAFTA en mayo de 2017, el que el presidente Trump en su visita oficial a China en noviembre de 2017, haya preferido que su nieta le cantara poesía al gobierno chino en vez de formular un planteamiento serio de solución a su enorme déficit con China y Asia del Este (532 mil millones de dólares, 2016), es una clara muestra de que Occidente sigue privilegiando la simulación y el contubernio, respecto a las posibles soluciones que destraben los nudos de la trampa global en que encalló desde sus históricas decisiones económicas y políticas de la década de los setenta.

China por su parte, con una sonrisa disimulada al advertir que Occidente es el mejor enemigo de Occidente, con una sensibilidad no perdida por sus dirigentes desde su primera apertura geopolítica y económica a finales de los setenta, en 2013 toma una nueva decisión histórica y anuncian una *segunda gran apertura*.

La primera apertura china, como sabemos, fue su inclusión al proceso global de la época, orientada hacia el Pacífico, que les ofrecía la mayor oportunidad de éxito (1978). Esta vez, una China ya empoderada (segunda economía del mundo, primera en exportaciones y manufactura) ya no se incorpora a un proceso global liderado por Occidente, sino que tomando la bandera de la globalización, invita a 68 países que representan el 70% de la población mundial (10 de ASEAN, 7 de Asia del Sur, 9 de Asia Central, 2 del Noreste de Asia, 21 de Asia Central y Europa del Este, 2 de África, Australia y 15 de Asia menor) el 55% del producto global y el 70% de los recursos mundiales de gas y petróleo, a un nuevo proyecto de asociación que de entrada, rompe con el paradigma del comercio como tema central de la asociación, escalando la propuesta a una visión que privilegia, junto a la parte comercial, a la ciencia, la tecnología, infraestructura, finanzas, educación, a la ecología, y un tema de sensibilidad social llamado “people to people”, que atiende a los temas sociales de sus integrantes.

Mientras Estados Unidos ofende al mundo en general, y a sus vecinos en particular, rompiendo con sus principales socios regionales y geopolíticos; cancelando sus estrategias de posicionamiento global (TPP Y NAFTA), China, con mayor sensibilidad para identificar el tiempo que vive, toma el liderazgo de la globalización y en el marco de una segunda apertura hacia el exterior, lanza una oferta a la mayor parte del mundo para trabajar conjuntamente en busca de un desarrollo incluyente con características más adecuadas al siglo XXI. El resultado de esta propuesta, que desde luego es una línea estratégica de poder para consolidar el liderazgo chino y asiático del siglo, está pendiente de mostrar la procedencia de sus resultados en los años por venir, aunque a través de 55 mil millones de dólares, China ya avanza con proyectos concretos de desarrollo en Kenia (ferrocarril eléctrico), Pakistán (plantas eléctricas, puertos), Grecia (puerto del Pireo, ferrocarril de alta velocidad Atenas - Budapest - Belgrado, para cubrir la ruta ferroviaria de la seda) etc., en el marco de los acuerdos del esquema One Belt One Road (Una integración-Un camino), conocido también como la Nueva Ruta de la Seda. Junto a lo anterior, en 2015 fundó el brazo financiero de este programa, a través del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura, el cual ha iniciado sus operaciones con todo éxito con un capital de 100 mil millones de dólares, en el cual aparece India como segundo socio, y de manera relevante, a pesar de la oposición de Estados Unidos que se negó a participar en él, destacan las incorporaciones de países occidentales como Canadá, Francia, Inglaterra, Alemania, etc. en un franco apoyo a la viabilidad del proyecto y liderazgo de China.

Junto con la iniciativa One Belt One Road aparece una amplia oferta de asociación global ofertada por China, en un impulso geopolítico sin rubor en donde el esquema BRICS (2009) integrado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica sigue jugando una posición estratégica en su política internacional. De manera significativa también el proyecto 16+1 (2012), integrado por 16 naciones de Asia del Este más China camina con todo éxito, como uno de los primeros antecedentes del esquema One Belt One Road, al que habrá que sumar a la Organización de Cooperación de Shanghai (1996) ampliada ahora a 8 miembros (China, India, Kazajistán, Kirguistán, Pakistán, Rusia, Tayikistán, Uzbekistán), los cuales en suma fueron los prolegómenos geopolíticos para la segunda apertura china. Lo anterior sin menoscabo de que siga con una intensa actividad en otros esquemas relevantes como su integración formal con las 10 naciones del sureste asiático (ASEAN + 1), (ASEAN+3), (ASEAN+ 6 ó RCEP), así como con los 21 países de la APEC, o los múltiples Tratados de Libre Comercio que continúa firmando con diferentes países del mundo como Chile, Perú, Costa Rica, Nueva Zelanda, Singapur, Pakistán entre otros.

Como puede derivarse de este breve análisis, las inercias geopolíticas occidentales, en especial las que corresponden a Estados Unidos, padecen una ausencia o una interpretación equivocada de futuro. Las asiáticas y en especial las que corresponden a China, por el contrario, pavimentan con solidez un andamiaje de posicionamiento a largo plazo.

El resultado de este inevitable debate por los espacios de liderazgo del tiempo nuevo, cualesquiera que sea su definición en las décadas por venir, lejos de ser el principio de un nuevo *reinado*, representará el punto de partida de una nueva sociedad global que si aspira a la sobrevivencia, deberá trabajar conjuntamente en la solución de los nuevos vectores globales que como ya se dijo, amenazan su futuro.

VI. México y su circunstancia

Como hemos señalado, en materia internacional, México no ha entrado al siglo XXI. Sigue anclado a los dogmas a los que apostó en las décadas 80 y 90, los cuales secuestraron su otrora reconocida capacidad en el manejo de temas globales y lo ataron al futuro del hegemon del siglo XX, y junto con él, deambula en medio de sobresaltos los cambios geopolíticos y económicos del nuevo siglo.

La posición de México, además de haberle causado pasivos con su región de América Latina y la región del futuro que es Asia, ha tenido que pagar los costos de una simulación que presumiblemente nos ubica dentro de una integración de América del Norte que no ha sido tal, porque Estados Unidos no nos ha reconocido en ningún momento como *socios*, sino que en todo momento nos ha tratado como proveedores de petróleo y ahora como un país maquilador.

Estos hechos podrían documentarse sobradamente, pero en su última versión queda claramente evidenciado en la renegociación del NAFTA de 2017, en la que Estados Unidos vuelve a mostrar su incapacidad de entender la importancia estratégica de su primera globalización que pasa por México y Canadá, y por el contrario, la golpea impunemente sin ningún rubor.

Un replanteamiento de la política exterior de México, bajo estos hechos, tendría que regresar al entendimiento de que el país no puede hipotecar su futuro a un hegemon no solo carente de *amigos*, sino también de sensibilidad para manejar su porvenir en un tiempo global de difíciles retos. Aceptar —como decía Rosa Parks— que mientras más obedecemos peor se nos trata. Acabar con esta simulación que nos compromete con obligaciones unilaterales y nos confunde respecto a las posibilidades de nuestro futuro económico, sería el primer paso en la reconstrucción de una nueva agenda internacional del país.

Desde la firma del TLCAN, México se ha sumando de manera automática, sin compensación alguna y absorbiendo los costos del caso, a los intereses litigados por Estados Unidos con el mundo. Cambiar esta inercia de adhesión no es sencillo, pero sus posibles resultados, por limitados que fueran, serían superiores a los saldos negativos que se han registrado en estas últimas tres décadas.

Lo positivo de la renegociación del NAFTA en 2017, es que le quitó la imagen de *sagrado*, de *intocable*, que durante más de 20 años le dispensó la dogmática mexicana. De igual modo, el tratado reiteró que su operación es resultado

de las ventajas económicas que se desprenden para las empresas americanas y no un acto de filantropía regional y que su posible cancelación o vigencia, en su caso, como lo ha evidenciado ampliamente el Presidente Trump, va más allá de posiciones nacionales de sometimiento.

Sin menoscabo de operar un reposicionamiento con la política de América del Norte, siempre será importante proponer y apoyar una agenda de integración regional como la sugería en su momento Robert Pastor y tantos otros que han argumentado las ventajas de contar con vecinos con un mejor desarrollo económico, a partir de compartir sinergias comunes.

Este tema ha tenido *entretenida* a la opinión pública nacional por más de tres décadas. A la luz de la insuficiencia de los resultados para un 80% de la población nacional, y la *experiencia* vivida con el gobierno del presidente Trump; valdría la pena que no se continuara y se aprovechara la coyuntura del cambio. Al propio tiempo, llevar a la relación a su maximización desde un punto realista y no de sometimiento, no supondría en ningún momento la ruptura con Estados Unidos.

Una segunda preocupación pasaría por entender que es un tiempo de amplias preguntas y pocas respuestas para la comunidad global. En merito de ello, integrar un Grupo Colegiado permanente compuesto por especialistas en la materia, que analice e intérprete en el momento los profundos cambios que se están produciendo en los temas económicos, políticos y tecnológicos en el ámbito internacional, sería una estrategia inevitable de un nuevo gobierno.

El cambio de eras, de hegemonías, de estrategias económicas y políticas, supone retos inéditos al mismo tiempo que grandes oportunidades.

El declinamiento de las instituciones globales del siglo XX, y el inicio de su recambio por las del siglo XXI, reta a los países a operar con seriedad, al mismo tiempo que con prontitud para no quedar aislados de los nuevos mecanismos del desarrollo. México al replantear su *sometimiento* a Estados Unidos, recupera un margen de maniobra que le permitiría integrarse, por ejemplo, a las nuevas instituciones financieras como por el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura; o a enarbolar derechos propios de economía intermedia de manera conjunta con países de su rango de Latinoamérica, Asia, Europa, etc., en organismos globales como la OMC, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el G-20.

Atender a América Latina sin el falso debate respecto a América del Norte, será también una muestra de madurez y alejamiento del dogma.

El no éxito de los proyectos regionales de posicionamiento post neoliberal encabezados por Venezuela (ALBA), y el Unasur-Mercosur por parte de Brasil, también brindan la oportunidad de un dialogo abierto de la zona para repensar a la región de cara al 2030/2050. De igual modo, el avance logrado por Asia en materia de asociación regional a través de su esquema One Belt One Road (OBOR), lanzado en 2013, obliga a los países latinoamericanos a recuperar el terreno perdido y repensar su trabajo conjunto no solo y únicamente a través

del comercio. La energía, la ciencia, la tecnología, ecología, educación e infraestructura que hoy se incluyen en el OBOR o nuevo camino de la seda, deben ser temas obligados para encontrar sinergias comunes entre los países latinoamericanos. México podría encabezar este tipo de esfuerzos bajo una lógica de valores agregados e intereses comunes. La nueva plataforma de la Alianza del Pacífico, sería estratégicamente útil para este cometido.

En cuanto a China y la nueva era del Pacífico, algunos países de la zona han iniciado su acoplamiento bajo esquemas de explotación de bienes primarios y Tratados de Libre Comercio con escasas posibilidades. El caso de México, si bien diferenciado por su *oferta* manufacturera, ante su agenda pendiente con China, podría aprovechar la coyuntura para plantear con el país asiático una asociación estratégica tipo OBOR, sin tener que pasar forzosamente por un TLC, como si lo han hecho Chile, Perú y Costa Rica, en una clara desventaja frente a China, igual que lo hizo México frente a Estados Unidos en 1994. Esta asociación económica tipo OBOR con China, puede ser la puerta para un relanzamiento asiático estratégico con la zona, que vaya más allá de las materias primas y los déficits comerciales, dando paso al trabajo conjunto en infraestructura, comercio, tecnología, etc. Para ello hay un argumento esencial frente a China. No puede darle a América Latina un trato desigual frente al OBOR de Asia.

Los modelos económicos, políticos y civilizatorios manejados por China tendrán que ser revisados con toda seriedad, al ser referentes obligados para un mejor aprovechamiento de la relación bilateral; así como para exponer oportunidades y mejorar defensas. A pesar de los errores de las últimas décadas, para México sigue siendo un momento oportuno para aprovechar la oferta de China de asociación (agrícola, infraestructura, turismo, manufactura, etc), dado el carácter estratégico que nos concede por nuestra posición geográfica y civilizatoria. Las nuevas Zonas Económicas Especiales aprobadas en 2013 en el país, también son una oportunidad estratégica para aterrizar de manera productiva la inversión asiática en el país.

Europa sigue siendo una oportunidad poco aprovechada. Por diversas razones, el TLC deficitario con la región europea no ha podido potencializarse de manera afortunada. Alemania, España y los Países Bajos aparecen como las primeras alternativas para replantear el equilibrio de lo alcanzado. Francia e Inglaterra se ubican de manera inmediata. Agotada la era de los aranceles y la facilitación de mercados, serán los temas nuevos agregados por China en el OBOR, lo que ocupe la modernización a un tratado que después de 17 años sigue mostrando sus resultados asimétricos respecto a México.

Una nueva era nos cubre. Vivimos los retos de una transformación histórica de la sociedad global. Más de lo mismo no es útil. Una política exterior empobrecida y anclada al rumbo de una hegemonía declinante no sirve de mucho a la estabilidad y desarrollo de la nación.

No hay posibilidades de vivir aislados, si aspiramos a un país mejor. Cambian los paradigmas económicos, políticos, tecnológicos. Nuevas regiones y eco-

nomías en ascenso ocupan nuevos lugares. El desarrollo futuro del país pasa y depende del desarrollo global. Una política exterior dinámica, atenta a los cambios del mundo, se presenta entonces como ineludible.

VII. Bibliografía

- Bauman Zygmunt. (2010). *Miedo líquido*. Paidós, Estado y sociedad.
_____ (2017). *Retrotopía*, Paidós.
- Bell, Daniel. (1999). *The coming of Post- Industrial Society*. USA: Basic Books.
- Bregman Rutger. (2017). *Utopía para realistas*, Salamandra, 2017.
- CEPAL (2016). *Las tendencias mundiales y el futuro de América latina*.
- Cordera Campos Rolando. (2017). *La perenne desigualdad México*: FCE, UNAM, PUEB.
- Cordera Campos, Rolando (Coord). (2015). *Más allá de la crisis. El reclamo del desarrollo*. México: FCE, UNAM
- Cypher, M James. (1992). *Manufactura global de bajos salarios*; en Mitos y Realidades de la Declinación de Estados Unidos, coordinada por Rosa Cusminsky, CISAN, UNAM.
- D'Elia, Vanesa. (2005). *El sujeto y la racionalidad en Adam Smith*, Revista de Economía Institucional.
- Ferguson, Niall. (2012). *Civilización, Occidente y el resto*. Debate.
- Foreign Affairs Latinoamérica. (Abril/ Junio 2017)
_____ (Octubre/ Diciembre 2016)
_____ (Julio/ Septiembre 2015)
_____ (Abril/ Junio 2013)
- Fukuyama, Francis (1996) .*Confianza*. Madrid: Atlántida.
- Frieden, A. Jeffry. (2007).*Capitalismo global* Barcelona: Crítica.
- Giddens, Anthony. (2001). *La tercera vía y sus éxitos*. México: Taurus.
- Huntington, P. Samuel. (1996). *El choque de civilizaciones*. Paídos.
- Judt, Tony. (2013). *Algo va mal*. Taurus.
- Joseph S., Nye, Jr. (2015). *Is the American century over?* USA: Polity Press.
- Jerome C. Glenn, Elizabeth Florescu. (2015).*The Millennium Project 2015-2015. State of the future*. The Millennium Project
- Kharas, Homi. (2017). *The unprecedented expansion of the global middle class*. Global Economy and Development at Brookings Institution.
- Kissinger, Henry. (2016). *Orden Mundial Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Ed. Debate
- Lagos Escobar, Ricardo & Iglesias García, Enrique. (2016) *América Latina, China Y Estados Unidos. Perspectivas latinoamericanas de las relaciones internacionales en el siglo XXI*. FCE.
- Lipovetsky, Gilles. (2008). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.

- Marsh, Peter. (2012). *The new industrial Revolution*. Londres: Yale University Press.
- MacEwan, Arthur. (1992). *Cambio internacional y desorden fiscal en los Estados Unidos*; como parte de *Mitos y Realidades de la Declinación de Estados Unidos*, coordinado por Rosa Cusminsky; CISAN, UNAM.
- Mahbubani, Kishore (2013). *El nuevo hemisferio asiático*. Siglo XXI.
- Mazzucato, M. (2014). *El Estado emprendedor*. Brasil: RBA Libros.
- Morris, Ian. (2014). *Por qué manda Occidente... por ahora?* Ático de los libros.
- Navarro Vicenç, Torres Juan. (2012). *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero* España: Espasa Libros
- Oropeza, García, Arturo. (2008). *México- China. Culturas y sistemas jurídicos comparados*.
- _____ (2013). *México frente a la Tercera Revolución Industrial: Como relanzar el proyecto industrial de México en el siglo XXI*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- _____ (2015). *Reforma Energética y Desarrollo industrial. Un compromiso inaplazable*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Rifkin, J. (2011). *La Tercera Revolución Industrial*. Barcelona: Paidós.
- Sachs, Jeffrey. (2012). *The Price of civilization*. Vintage.
- Suárez, Dávila, Francisco. (2013). *Creecer o no creecer. Del estancamiento estabilizador al nuevo desarrollo*, Taurus.
- Steiner, George. (2006). *Europa*. Fondo de Cultura Económica,
- Simth, Laurence. (2011). *El mundo en 2050*. Debate.